

ANTHONY
DE MELLO

**Un minuto
para el absurdo**



Sal Terrae

Nota del editor

Al fin, sacamos a la luz el último y definitivo libro póstumo de Tony de Mello, *Un minuto para el absurdo*.

De hecho, la escribió inmediatamente después de *¿Quién puede hacer que amanezca?* y antes de *La oración de la rana*. Él mismo me envió el manuscrito -con el encargo de imprimirla lo antes posible- tal como ahora lo presentamos: sin índice y sin ningún tipo de título para cada uno de los diversos cuentos. El texto estaba todo él mecanografiado, a excepción de la segunda parte del primer cuento, que él mismo tachó y volvió a redactar a mano. Cuando, a finales de 1986, se iba a dar comienzo a la composición del libro, recibí una carta suya en la que me decía: «Estoy escribiendo otro libro, que se titulará *La oración de la rana* y que quiero que aparezca antes que *Un minuto para el absurdo*. Por favor, devuélveme el manuscrito».

Durante los primeros meses de 1987, Tony trabajó en *La oración de la rana*, cuyo manuscrito quería enviarme antes de partir para Nueva York a finales de mayo. Me reuní con Tony en Bombay el día 30 de dicho mes y estuvimos hablando durante horas sobre la maqueta del libro. Cuando acabamos, le pregunté por el manuscrito de *Un minuto para el absurdo*, y él me dijo que lo tenía listo, que me lo enviaría en cuanto regresara de América y que a continuación empezaría a preparar para la imprenta su libro de meditaciones.

Hacia las seis de la tarde, me despedí de Tony y me fui a tomar el tren para regresar a Gujarat. Dos horas más tarde, saldría él para el aeropuerto. Murió en la Universidad de Fordham la misma noche de su primer día en Nueva York, el 1 de junio de 1987.

Nunca pensó que regresaría tan pronto: su cadáver llegó en la mañana del 13 de junio y fue enterrado aquella misma tarde en el cementerio de la iglesia de San Pedro, en la ciudad de Bandra, donde había sido bautizado.

Entre sus papeles se encontraron tres manuscritos:

1. *Un minuto para el absurdo*: «Listo para la imprenta», me había dicho; pero los cuentos no llevaban título, ni había elaborado índice alguno. ¿Pensaba añadir una y otra cosa? Nunca lo sabremos, pero lo más probable es que no, porque -lo repito- él mismo me había dicho que estaba «listo para la imprenta».
 2. Un manuscrito con sus «Charlas de Ejercicios», perfectamente dispuesto para la imprenta. Sin embargo, él nunca había hablado de ese libro ni conmigo ni con ningún otro. No obstante, lo publicamos con el título de *Contacto con Dios*.
 3. El manuscrito acabado del ya citado libro de meditaciones, que pensaba preparar en cuanto regresara de América y que publicamos, tal como él lo dejó, con el título de *Una llamada al amor*.
- Así pues, publicamos ahora su último libro, *Un minuto para el absurdo*, que él quería que fuera editado a continuación de *La oración de la rana*. Lo publicamos tal como él lo dejó: sin títulos y sin índice; únicamente los cuentos, uno tras otro y en el mismo orden en que él los dejó dispuestos.

JAVIER M. DÍAZ DEL RÍO, S.J.
Gujarat Sahitya Prakash
Anand, Gujarat, India

**«Ese hombre no dice más que cosas absurdas»,
dijo el visitante tras oír hablar al Maestro.**

**«Tú también dirías cosas absurdas
-le dijo un discípulo-
si trataras de expresar lo Inexpresable».**

**Cuando el visitante tuvo ocasión de decírselo
al propio Maestro en persona, éste se limitó a replicarle:
«Nadie está libre de decir cosas absurdas.
Lo malo es decirlas en tono solemne».**

En todos estos cuentos, «el Maestro» no es siempre la misma persona. Es al mismo tiempo un «gurú» hindú, un «roshi» zen, un sabio taoísta, un rabino judío, un monje cristiano, un místico sufí. . . Es Lao Tse y Sócrates, Buda y Jesús, Zarathustra y Mahoma. . . Su enseñanza se encuentra en el siglo VII antes de Cristo y en nuestro propio siglo XX. . . Su sabiduría pertenece por igual al Este y al Oeste. . . Pero ¿importan realmente sus antecedentes históricos? A fin de cuentas, la Historia es el acta de las apariencias, no de la Realidad; de las doctrinas, no del Silencio.

Sólo lleva un minuto leer cada una de las anécdotas que configuran este libro. Probablemente el lenguaje del Maestro resulte misterioso, exasperante y hasta completamente absurdo para el lector. Desgraciadamente, éste no es un libro fácil. . . No ha sido escrito para instruir, sino para «despertar». Lo que ocultan sus páginas (no las palabras impresas, ni siquiera los cuentos, sino su espíritu, su talante, su atmósfera) es una Sabiduría que no puede expresarse con palabras humanas. A medida que el lector vaya leyendo las páginas impresas y se debata con el críptico lenguaje del Maestro, es posible que, sin darse cuenta, descubra casualmente la silenciosa enseñanza que se esconde en ellas. . . y se descubra a sí mismo despierto. . . y transformado. Esto es lo que la Sabiduría pretende: que cambiemos sin ningún esfuerzo por nuestra parte; que resultemos transformados, lo creamos o no, por el simple hecho de despertar a la realidad que no son las palabras y que queda fuera del alcance de las palabras.

Si el lector tiene la suerte de obtener esta clase de despertar, comprenderá que el lenguaje más sutil no es el lenguaje hablado, que la acción más sutil es la que no se realiza, y que el cambio más sutil es el que no se busca.

ADVERTENCIA: Tómense los cuentos en pequeñas dosis (uno o dos, a lo sumo, cada vez). Una sobredosis podría reducir sus efectos.

A un recién llegado al monasterio le dijo un discípulo más veterano:
«Debo advertirte que no entenderás ni palabra de lo que diga el Maestro si no tienes la disposición apropiada».

«¿Y cuál es la disposición apropiada?»

«La de un estudiante que quiere aprender un idioma extranjero. Las palabras que el Maestro pronuncia te resultan familiares, pero no las comprendes: tienen un significado totalmente desconocido».

El Maestro podía ser enormemente crítico cuando pensaba que la crítica era necesaria. Pero, por sorprendente que pueda parecer, nadie tomaba a mal sus reprimendas.

Cuando alguien le preguntó la razón de ello, el Maestro respondió:

«*Todo depende de cómo lo haga uno. Los seres humanos son como las flores: abiertas y receptivas al manso rocío, pero cerradas y reacias al violento aguacero*».

«Una buena manera de descubrir tus defectos -dijo el Maestro-- consiste en observar qué es lo que te irrita de los demás».

Y contó cómo su mujer, que había dejado una caja de bombones en el estante de la cocina, descubrió una hora más tarde que la caja pesaba bastante menos: todos los bombones de la capa inferior habían desaparecido y habían ido a parar a una bolsa de papel que se encontraba encima de las pertenencias de la nueva cocinera. Para no poner a ésta en una situación enojosa, la bondadosa mujer del Maestro, volvió a colocar los bombones en la caja y guardó ésta en una alacena, a fin de evitar posibles tentaciones.

Después de la cena, la cocinera anunció que dejaba su trabajo aquella misma noche.

«¿Por qué? ¿Qué sucede?», preguntó el Maestro.

«*No quiero trabajar para personas que roban*», fue su desafiante respuesta.

Al día siguiente, el Maestro completó su lección con la historia del ladrón que encontró esta nota en la puerta de la caja fuerte que iba a reventar:
«Por favor, no emplee dinamita. La caja no está cerrada. Basta con hacer girar el picaporte».

Y, en el momento en que hizo girar el picaporte, cayó sobre él un pesado saco de arena, se encendieron las luces de la habitación, y la alarma despertó a todo el vecindario.

*Cuando el Maestro visitó en la cárcel al ladrón, éste no podía ocultar su resentimiento:
«¿Cómo voy a poder confiar de nuevo en ningún ser humano?»*

Cuando un invitado se ofreció voluntariamente a fregar los platos después de la cena, el Maestro le preguntó:
«¿Estás seguro de que sabes hacerlo?»

El hombre protestó enfáticamente que lo había hecho toda su vida. Y el Maestro le dijo:
«No dudo de que seas capaz de dejar los platos limpios. Lo que dudo es que seas capaz de fregarlos».

Y ésta es la explicación que más tarde dio a sus discípulos:
«Hay dos maneras de fregar los platos: una consiste en fregarlos para dejarlos limpios; la otra, en fregarlos para fregarlos».

Y, como todavía no quedaba claro, añadió:
«La primera acción es una acción muerta, porque tu mente está fija en la idea de dejar *los platos limpios*; la segunda es una acción viva, porque tu mente está donde está tu cuerpo».

«Iluminación», dijo el Maestro, «significa saber exactamente dónde estás en un momento dado; y eso no es nada fácil. . . »

Y habló de un conocidísimo amigo suyo que, a sus ochenta y tantos años, seguía recibiendo infinidad de invitaciones.

Un día, mientras consultaba su agenda durante una recepción, alguien le preguntó cuántos compromisos tenía para aquella noche.

«Seis», respondió el anciano sin apartar los ojos de su agenda.

«¿Y qué hace usted: comprobar adónde tiene que ir a continuación?»

«*No. Trato de saber dónde estoy ahora mismo.*»

El Maestro, que era alérgico a las ideologías, dijo en cierta ocasión:

«En una guerra de ideas, las víctimas son siempre personas».

Y más tarde explicaría: «La gente mata por dinero o por poder. Pero los más implacables asesinos son los que matan por sus ideas».

El Maestro impartía su enseñanza: «El genio de un compositor se halla en las notas de su música; pero analizar las notas no sirve para revelar su genio. La grandeza del poeta se encierra en sus palabras; pero el estudio de éstas no revela su inspiración. Dios se revela en la creación; pero, por mucho que escudriñes la creación, no encontrarás a Dios, del mismo modo que no descubrirás el alma por mucho que examines el cuerpo».

Llegado el momento del diálogo, alguien preguntó:

«Entonces, ¿cómo podemos encontrar a Dios?»

«Mirando la creación, no analizándola».

«¿Y cómo hay que mirarla?»

«Si un labrador intenta buscar la belleza en una puesta de sol, lo único que descubrirá será el sol, las nubes, el cielo y el horizonte de la tierra. . . mientras no comprenda que la belleza no es una 'cosa', sino una forma especial de mirar, buscarás a Dios en vano mientras no comprendas que a Dios no se le puede ver como una 'cosa', sino que requiere una forma especial de mirar. . . semejante a la del niño, cuya visión no está deformada por doctrinas y *creencias prefabricadas*».

El padre de uno de los discípulos -de una discípula, concretamente - irrumpió en el recinto donde se hallaba el Maestro impartiendo su enseñanza.

Ignorando a todos los presentes, el individuo le gritó a su hija:

«¡Has dejado una carrera universitaria para sentarte a los pies de este loco!

¿Y qué es lo que te ha enseñado?».

La muchacha se levantó y, con toda tranquilidad, condujo a su padre afuera y le dijo:

«Estar con él me ha enseñado lo que nunca podría enseñarme ninguna universidad: a no tenerte miedo ni dejarme impresionar por tu vergonzoso comportamiento».

«¿Qué hace falta para alcanzar la Iluminación?», preguntaron los discípulos.

Y respondió el Maestro:

«Hay que averiguar qué es lo que cae en el agua y no produce ondas, se mueve entre los árboles y no hace ruido, atraviesa un prado y no mueve una sola brizna de hierba».

Después de reflexionar durante semanas, los discípulos se dieron por vencidos:

«¿Qué cosa es?»

«¿Cosa?», preguntó el Maestro.

«¡No es ninguna cosa!»

«Entonces, ¿no es nada?»

«Ésa sería una forma de decirlo...»

«¿Y cómo podemos buscarlo?»

«¿He dicho yo que hubiera que buscarlo? Se puede encontrar, pero no se puede buscar.
Si se busca, no se encuentra».

En el transcurso de una cena, el Maestro oyó casualmente cómo una actriz hablaba acerca de los horóscopos.

Se acercó a ella y le preguntó:
«¿No creerá usted en la astrología. . . ?»

«Bueno. . . », respondió ella, «yo *creo en todo un poco*»

Alguien preguntó al Maestro si creía en la suerte.

«Por supuesto que sí», respondió él sonriendo irónicamente.

«De lo contrario, ¿cómo puede explicarse el éxito de aquellas personas que no le agradan a uno?»

El Maestro era realmente despiadado con quienes se complacían en la autocompasión o en el resentimiento.

«*Recibir un agravio*», decía, «*no significa nada, a menos que uno insista en recordarlo*».

El Maestro hablaba de una mujer que había presentado ante la policía una denuncia por violación.

«¿Puede usted describir al agresor?», le preguntó un oficial.

«Bueno, para empezar, era idiota. . . »

«¿Dice usted que era idiota. . . ?»

«Sí, eso he dicho. No tenía ni idea, iY tuve que ayudarle!»

Las risas se acallaron cuando el Maestro añadió: «Siempre que os sintáis ofendidos, mirad si no habéis ayudado al ofensor».

Aquello suscitó un rumor de protestas, por lo que el Maestro prosiguió: « ¿Acaso puede alguien ofenderte si te niegas a admitir la ofensa?»

Cuando le preguntaron cómo debía utilizarse la Escritura, el Maestro refirió cómo, siendo el profesor, hizo a sus alumnos esta pregunta:

«¿Cómo mediríais la altura de un edificio con ayuda de un barómetro aneroide?»

Y un brillante alumno respondió: «Descolgaría el barómetro atado con una cuerda y mediría la longitud de ésta».

«Ingenioso, ¿verdad?, a pesar de su ignorancia», comentó el Maestro.

Y luego añadió: «*Así es el ingenio y la ignorancia de quienes emplean el cerebro para comprender la Escritura, que es como emplearlo para 'comprender' una puesta de sol, o el océano, o el rumor del viento entre los árboles*».

«La gente no está dispuesta a renunciar a sus celos y preocupaciones, a sus resentimientos y culpabilidades, porque estas emociones negativas, con sus 'punzadas', les dan la sensación de estar vivos», dijo el Maestro.

Y puso este ejemplo:

«Un cartero se metió con su bicicleta por un prado, a fin de atajar. A mitad de camino, un toro se fijó en él y se puso a perseguirlo. Finalmente, y después de pasar muchos apuros, el hombre consiguió ponerse a salvo.

«Casi te agarra, ¿eh?», le dijo alguien que había observado lo ocurrido.

«Sí», respondió el cartero, «*como todos los días*».

Un científico se quejó al Maestro de que el desprecio que éste manifestaba por los conceptos, en cuanto opuestos al «conocimiento no conceptual», era una injusticia para con la ciencia.

El Maestro se las vio y se las deseó para hacerle comprender que no tenía nada contra la ciencia. «Pero», añadió, «ojalá el conocimiento que tú tienes de tu mujer sea algo más que un conocimiento científico!».

Más tarde, hablando con sus discípulos, se mostró aún más enérgico: «Los conceptos definen», dijo; «pero definir es destruir. Los conceptos diseccionan la realidad, y lo que diseccionas lo matas».

«Entonces, ¿son inútiles los conceptos?».

«No. Disecciona una rosa, y tendrás una valiosa información -y ningún conocimiento- sobre la rosa. Hazte un experto, y tendrás mucha información -y ningún conocimiento- sobre la realidad».

El Maestro afirmaba que el mundo que ve la mayor parte de las personas no es el mundo de la Realidad, sino un mundo creado por sus mentes.

Cuando un sabio quiso contradecirle, el Maestro puso dos palos sobre el suelo formando la letra «T», y le preguntó:
«¿Qué ves ahí?»

«La letra T», respondió el otro.

«¡Lo que me suponía!», dijo el Maestro.

«No existe la letra T; no es más que un símbolo que hay en tu mente. Lo que hay ahí son dos pedazos de rama en forma de bastón».

«Cuando hablas de la Realidad», dijo el Maestro, «intentas expresar con palabras lo Inexpresable, de manera que lo más seguro es que tus palabras no se entiendan. Del mismo modo, las personas que leen esa expresión de la Realidad que llamamos 'Escrituras' se vuelven estúpidas y crueles, porque no siguen la lógica de las Escrituras, sino lo que ellas piensan que dicen las Escrituras».

Y lo ilustraba con una parábola:

«El herrero del pueblo contrató a un aprendiz dispuesto a trabajar duro por poco dinero, y se puso a instruirlo:

"Cuando yo saque la pieza del fuego, la pondré sobre el yunque; y cuando te haga una señal con la cabeza, golpéala con el martillo".

El aprendiz hizo exactamente lo que creía que le habían dicho, y al día siguiente se había convertido en el nuevo herrero del pueblo».

A un discípulo al que, literalmente, le aterraba la mera posibilidad de cometer errores le dijo el Maestro:

«Los que no cometen errores cometen el mayor error de todos: el de no intentar nada nuevo».

«Contéstame a una cosa», dijo el ateo: «¿existe realmente un Dios?»

Y le respondió el Maestro: «Si quieres que te sea sincero, no tengo respuesta».

Más tarde, los discípulos quisieron saber por qué no había respondido.

«Porque la pregunta no tenía respuesta», dijo el Maestro.

«¿De modo que eres ateo. . .?»

«Por supuesto que no. El ateo comete el error de negar algo de lo que no puede decirse nada».

Y, después de una pausa, añadió: «y el teísta comete el error de afirmarlo».

«¿Cuál es el secreto de tu serenidad?», preguntó el discípulo.

«Cooperar incondicionalmente con lo inevitable», respondió el Maestro.

El Maestro y uno de sus discípulos tropezaron con un ciego que mendigaba sentado en la acera.

«Dale a ese hombre una limosna», dijo el Maestro.

El discípulo dejó caer una moneda en el sombrero del mendigo.

«Deberías haberte tocado tu sombrero en señal de respeto», dijo el Maestro.

«¿Por qué?», preguntó el discípulo.

«Es lo que suele hacerse cuando se da una limosna. . . »

«¡Pero si era un ciego. . . !»

«*Nunca se sabe*», replicó el Maestro; «*puede que fuera un impostor*».

El monasterio se estaba quedando pequeño, y hacía falta construir un edificio mayor, por lo que un comerciante extendió un talón por valor de un millón de dólares y lo puso delante del Maestro, el cual lo tomó y dijo: «¡Estupendo! Lo aceptaré».

El comerciante quedó decepcionado: aquella era una enorme suma de dinero, ¡Y el Maestro ni siquiera le había dado las gracias...!

«Hay un millón de dólares en ese talón. . .», le dijo.

«Ya me he dado cuenta».

«Aunque yo sea un hombre muy rico, un millón de dólares es mucho dinero. . . »

«¿Deseas darme las gracias por ello?»

«¡Eres tú quien debería darlas!»

«*¿Por qué Yo? Es el donante quien debe ser agradecido*», dijo el Maestro.

La actitud del Maestro hacia la acción social resultaba realmente desconcertante. Unas veces se mostraba partidario entusiasta de la misma, y otras parecía resultarle indiferente.

Y la explicación que a veces daba de tan desconcertante actitud era igualmente enigmática. Dijo en cierta ocasión:

«Quien desea hacer el bien debe llamar a la puerta. *Para el que ama, la puerta está siempre abierta*».

Le dijo un turista al Maestro:

«La gente de tu país es pobre, pero nunca parece preocupada».

Y le respondió el Maestro:

«Eso es porque nunca miran *el reloj*».

Un discípulo tuvo que salir corriendo hacia su casa cuando le dieron la noticia de que ésta estaba ardiendo por los cuatro costados.

Como era ya un hombre de cierta edad, todo el mundo le manifestó su pesar a su regreso.

*El Maestro, en cambio, le dijo:
«Esto hará que la muerte te resulte más fácil».*

«La persona que ha alcanzado la Iluminación», decía el Maestro, «es la que ve que todo en el mundo es perfecto tal como es».

«¿Y qué me dices del jardinero?», le preguntó alguien, «¿también es perfecto?»

El jardinero del monasterio era un jorobado.

«Para lo que se supone que ha de ser en la vida», respondió el Maestro, «el jardinero es un jorobado perfecto».

La idea de que todo en el mundo es perfecto era más de lo que los discípulos podían aceptar. De modo que el Maestro trató de expresarlo en conceptos más fácilmente inteligibles:

«Dios teje tapices perfectos con los hilos de nuestras vidas, incluidos nuestros pecados. Si no somos capaces de verlo, es porque miramos la otra cara del tapiz».

Y de una manera más sucinta:

«Lo que para algunos no es más que una piedra que brilla, para el Joyero es un diamante».

Los discípulos vieron con enorme disgusto cómo las enseñanzas del Maestro eran ridiculizadas en una conocida revista.

*El Maestro, en cambio, permaneció impasible. Lo único que dijo fue:
«¿Puede algo ser realmente verdadero cuando nadie se ríe de ello?».*

Cuando era joven, el Maestro, que era un activista político, organizó una manifestación contra el gobierno a la que, dejando hogares y trabajos, se unieron miles de personas.

Sin embargo, apenas iniciada la manifestación, el Maestro decidió cancelarla. Sus seguidores, entonces, le dijeron: «¡No puedes hacer esto! ¡Preparar esta manifestación ha llevado meses y ha exigido un precio muy alto a muchas personas. . . que ahora te van a acusar de incoherente!»

El Maestro, impertérrito, se limitó a decir:
«*Mi compromiso no es con la coherencia, sino con la verdad*».

El Maestro solía decir que una de las razones por las que las personas son tan desdichadas es porque piensan que no hay nada que ellas no puedan cambiar.

Le gustaba especialmente la historia de aquel individuo que le dijo al vendedor: «Este transistor que me has vendido suena excelentemente, pero quisiera cambiarlo por otro que emitiera mejores programas».

«¿Qué es lo que buscas?»

«La paz», dijo el visitante.

«A quienes pretenden proteger su ego, la verdadera paz sólo les ocasiona trastornos», le dijo el Maestro.

Y a un grupo religioso que había acudido a verle y a pedirle su bendición, le dijo sonriendo maliciosamente: « ¡Que la paz de Dios os inquiete siempre! ».

A su regreso de un viaje, el Maestro habló de una experiencia que, a su manera de ver, constituía una parábola sobre la vida:

Al parecer, durante un breve alto en el camino, entró a almorzar en un moderno restaurante, en cuyo mostrador se veían deliciosas sopas, tentadores pollos al curry y toda clase de platos apetitosos.

Pidió que le sirvieran una sopa.

«¿Viene usted en el autobús?», le preguntó la robusta camarera.

El Maestro asintió con la cabeza.

«No hay sopa».

«¿Y pollo al curry con arroz hervido?», preguntó el Maestro desconcertado.

«Si viene usted en el autobús, tampoco hay pollo al curry. Puede usted tomar bocadillos. Me he pasado la mañana preparando esa comida, y sólo tiene usted diez minutos para comerla.

No voy a permitir que coma usted una comida que no va a tener tiempo de saborear».

El Maestro era cualquier cosa, menos ampuloso. Siempre que hablaba, provocaba enormes y alegres carcajadas, para consternación de quienes se tomaban demasiado en serio la espiritualidad. . . y a sí mismos.

Al observarlo, un visitante comentó decepcionado: «¡Este hombre es un payaso!».

«*Nada de eso*», le replicó un discípulo; «*no ha comprendido usted ni palabra: un payaso hace que te rías de él; un Maestro hace que te rías de ti mismo*».

«¿Cómo se aprende a confiaren la Providencia? »

«*Confiar en la Providencia*», dijo el Maestro, «*es como entrar en un restaurante de lujo sin llevar un céntimo en el bolsillo y encargar docenas de ostras con la esperanza de hallar una perla con la que pagar la cuenta*».

Los discípulos se escandalizaban de que el Maestro evidenciara tan escasa inclinación hacia el culto.

«Encuentra un objeto de veneración», solía decir, «y muy devotamente, eso sí, te distraerás de lo que es esencial: el conocimiento que conduce al amor».

Y en apoyo de su tesis solía citar las palabras de Jesús sobre los que dicen «Señor, Señor», y luego son totalmente inconscientes del mal que realizan.

En cierta ocasión, se permitió regalar un plátano a un atolondrado visitante, el cual empezó a sentir tal veneración por el regalo que no sabía qué hacer con él.

Cuando se lo contaron al Maestro éste hizo uno de sus típicos comentarios: «Decidle a ese asno que se lo coma».

Un discípulo recién llegado preguntó a otro con mayor experiencia:

«¿Por qué tengo la sensación de que el vivir con el Maestro no me sirve de mucho?»

«Puede que sea porque has venido a aprender su espiritualidad. . .»

«¿Y a qué demonios viniste tú, si puede saberse ?»

«A ver cómo se ataba las correas *de sus sandalias*».

Era un gozo contemplar cómo el Maestro realizaba los actos más sencillos, desde sentarse o pasear hasta tomar una taza de té o espantar una mosca. Hiciera lo que hiciera, evidenciaba una gracia especial que le hacía parecer en perfecta armonía con la naturaleza, como si sus actos no fueran realizados por él, sino por el Universo.

En cierta ocasión le entregaron un paquete, y los discípulos, embelesados, estuvieron contemplando reverentemente cómo desataba la cuerda, abría el embalaje y extraía el contenido como si el paquete fuera una criatura viva.

Una mujer muy religiosa le dijo al Maestro que había tenido que confesarse aquella misma mañana.

«No puedo imaginarte cometiendo un pecado grave», dijo el Maestro.
«¿De qué te confesaste?»

«De que un domingo no fui a misa por pereza; de que una vez maldije contra el jardinero; y de que otra vez eché de casa a mi suegra durante una semana».

«Pero eso fue hace cinco años, ¿no es así? Seguro que desde entonces ya te habías confesado. . . ».

«Así es. Pero lo repito cada vez que me confieso. Me gusta recordarlo».

«Algún día comprenderás que andas buscando lo que ya posees», le dijo el Maestro a un discípulo que se tomaba las cosas con mucha intensidad.

«¿Y por qué no lo veo ya?»

«Porque intentas verlo».

«¿No debo, pues, hacer esfuerzos?»

«Si te relajas y le das tiempo, *ello mismo se te revelará*».

A las personas que practicaban la virtud para obtener la amistad o el favor de Dios, el Maestro solía contárselas esta historia:

Una ingente multitud de personas participaba en el sorteo de un Cadillac patrocinado por una marca de jabones.

A todas ellas se les hacía esta pregunta:
«¿Por qué compra usted el jabón 'Fragancia Celestial'?».

*Y una mujer respondió honradamente:
«Porque me encantaría tener un Cadillac».*

«He estado cuatro meses contigo, y aún no me has enseñado ningún método, o técnica...»

«¿Método?», dijo el Maestro. «¿Y para qué demonios quieres un método?».

«Para obtener la libertad interior».

El Maestro rompió a reír y dijo: «La verdad es que necesitarás una gran habilidad para liberarte mediante esa trampa que llaman 'método'».

Cuando un discípulo dio a entender que habría que actualizar la espiritualidad del Maestro, éste, tras soltar una sonora carcajada, contó la historia de aquel estudiante que le preguntó al librero:

«¿No tiene usted libros más recientes sobre anatomía? Éstos tienen al menos diez años».

Y el librero le respondió:

«Que yo sepa, joven, en los últimos diez años no se le ha añadido al cuerpo humano ni un solo hueso».

«Tampoco», añadió el Maestro, «se le *ha añadido nada a la naturaleza humana en los últimos diez mil años*».

El Maestro propuso un enigma:

«¿Qué es lo que el artista y el músico tienen en común con el místico?»

Todos se dieron por vencidos.

«*La certeza de que el lenguaje más sutil no es el que articulan los labios*», dijo el Maestro.

El Maestro paseaba calle abajo cuando, de pronto, salió de un portal un hombre que chocó violentamente con él.

El individuo, totalmente fuera de sí, rompió a soltar palabrotas. El Maestro hizo una breve inclinación, sonrió amablemente y le dijo:

«Amigo, no sé quién de los dos ha tenido la culpa de que chocáramos, pero no estoy dispuesto a perder el tiempo tratando de averiguarlo. . . Si la culpa ha sido mía, le pido perdón; si ha sido suya, olvídelo».

Y, tras hacer una nueva inclinación y esbozar una nueva sonrisa, siguió caminando.

El Maestro le dijo a un pintor:

Cualquier pintor que quiera triunfar ha de trabajar incansablemente durante infinidad de horas.

Pero sólo a unos pocos les es dado liberarse de su ego mientras pintan. Y cuando esto sucede, surge la obra maestra».

Más tarde, le preguntó un discípulo:

«¿Quién es un Maestro?»

Y el Maestro le respondió: «Cualquiera a quien le sea dado liberarse de su ego. *Y, a partir de entonces, la vida de esa persona será una obra maestra*».

El Maestro solía decir que la Verdad está justamente delante de nuestros ojos y que, si no conseguimos verla, es porque nos falta perspectiva.

En cierta ocasión se llevó consigo a un discípulo a subir a una montaña. A mitad de camino, el discípulo se quedó mirando a la maleza con cara de pocos amigos, y preguntó:

«¿Dónde está el maravilloso paisaje del que me hablabas?».

El Maestro sonrió burlonamente y dijo: «*Estás pisando encima de él, como podrás comprobar cuando lleguemos a la cima*».

«¿Dónde podré encontrar a un verdadero Maestro cuando regrese a mi país ?»

«No habrá un solo momento en que no lo tengas».

El discípulo quedó desconcertado.

«El simple hecho de observar tu reacción ante cualquier cosa -un pájaro, una hoja, una lágrima, una sonrisa...- hará que cualquier cosa pueda ser tu Maestro».

El Maestro no era, ciertamente, un obseso de la etiqueta y las buenas maneras, aunque siempre daba muestras de una natural educación y elegancia en su trato con los demás.

Una noche, llevando al Maestro a su casa en automóvil, un joven discípulo se mostró especialmente grosero con un agente de tráfico, y en su propio descargo le dijo al Maestro:

«Prefiero ser yo mismo y que la gente sepa exactamente cómo me siento. . . La cortesía no es más que aire. . .»

«Eso es verdad», dijo conciliador *el Maestro*, «pero aire es también lo que llevamos en los neumáticos, y fíjate cómo suaviza los baches... ».

Rara vez era el Maestro tan elocuente como cuando prevenía contra el hechizo de las palabras:

«¡Cuidado con las palabras!», solía decir. «En cuanto te descuidas, adquieren vida propia: te deslumbran, te hipnotizan, te aterrorizan. . ., te hacen perder de vista la realidad que representan y te hacen creer que son reales».

El mundo que vemos no es el Reino que ven los niños, sino un mundo fragmentado, roto en mil pedazos por la palabra. . . Es como si viéramos cada una de las olas como algo distinto e independiente del conjunto del océano.

Cuando se silencian palabras y pensamientos, el Universo -real, entero y uno- se muestra en todo su esplendor, y las palabras son lo que deben ser: la partitura, no la música; *el menú, no la comida; el poste indicador, no el final del viaje*».

En cierta ocasión, hablando el Maestro del poder hipnótico de las palabras, alguien gritó desde el fondo de la sala: «¡ No dices más que tonterías! Si yo digo 'Dios, Dios, Dios', ¿acaso ello me hace divino? y si digo 'pecado, pecado, pecado', ¿acaso ello me hace malo?».

«¡ Siéntate, bastardo! », dijo el Maestro.

El tipo se puso tan furioso que no podía articular palabra. Finalmente, estalló en improperios contra el Maestro.

Éste, aparentando arrepentimiento, le dijo:
«Perdóneme, señor, por perder la calma. Le suplico que excuse mi imperdonable error».

El otro se calmó inmediatamente, y entonces le dijo el Maestro:

«*Ya tiene usted su respuesta: ha bastado una palabra para encolerizarlo, y otra para tranquilizarlo*».

El Gobernador dimitió de su elevado cargo y acudió al Maestro en busca de enseñanza.

«¿Qué quieres que te enseñe?», le preguntó el Maestro.

«La sabiduría».

«Lo haría con mucho gusto, amigo mío, si no fuera porque existe un gran obstáculo. . . »

«¿Y cuál es ese obstáculo?».

«Que la sabiduría no puede enseñarse».

«Entonces, ¿no tengo nada que aprender aquí?».

«La sabiduría no puede enseñarse, pero sí puede *aprenderse*».

Algunos de los discípulos habían salido a escalar una montaña cubierta de nieve. Un silencio cósmico lo inundaba todo, pero ellos querían averiguar si había algún tipo de sonidos durante la noche. De modo que pusieron en marcha una grabadora, la dejaron a la entrada de la tienda y se fueron a dormir.

Cuando regresaron al monasterio, verificaron la grabación que habían hecho: ni un solo sonido; el más absoluto silencio.

El Maestro, que estaba escuchando la cinta, dijo de pronto: « ¿No lo oís?».

«¿Oír qué?».

«La armonía de las galaxias en movimiento».

Los discípulos se miraron unos a otros, completamente asombrados.

El afecto deforma nuestra percepción: éste era un tema en el que insistía el Maestro una y otra vez, y los discípulos vieron la oportunidad de verlo ejemplificado cuando oyeron cómo el Maestro preguntaba a una madre:

«¿Cómo está tu hija?»

«¿Mi hija? ¡No sabes la suerte que ha tenido! Se casó con un hombre maravilloso que le ha regalado un coche, le compra todas las joyas que quiere y le ha dado un montón de sirvientes. Incluso le lleva el desayuno a la cama y la permite levantarse a la hora que quiera. Un verdadero encanto de hombre!».

«¿Y tu hijo?»

«¡Ése es otro canta...! ¡Menuda lagarta le ha caído en suerte. . .! El pobre le ha regalado un coche: la ha cubierto de joyas y ha puesto a su servicio no sé cuántos criados. . . y ella se queda en la cama hasta el mediodía! Ni siquiera se levanta para prepararle el desayuno. . . !».

Todo el mundo hablaba del líder religioso que había perdido la vida en una acción suicida. Y, aunque nadie en el monasterio lo aprobaba, no faltó quien afirmara que admiraba su fe.

«¿Fe?», dijo el Maestro.

«Hombre, al menos tuvo el valor de defender sus convicciones hasta el final, ¿no crees?»

«Eso no es fe, sino fanatismo. *La fe exige un valor aún mayor: el de reconsiderar las propias convicciones y rechazarlas si no cuadran con los hechos*».

Cuando el Maestro era todavía un muchacho, tenía un compañero en la escuela que no dejaba de ensañarse con él.

Posteriormente, ya viejo y arrepentido, aquel tipo había acudido al monasterio, donde fue recibido con los brazos abiertos.

Un día quiso abordar el tema de su antiguo comportamiento con el Maestro, pero éste no parecía acordarse de ello.

«¿Que no lo recuerdas?»

«Lo que recuerdo con toda claridad es que lo olvidé», dijo el Maestro. y ambos se echaron a reír.

Una madre le preguntó al Maestro cuándo debería iniciar la educación de su hija.

«¿Cuántos años tiene la niña?», le preguntó el Maestro a su vez.

«Cinco».

«*¡Cinco! ¡Ve a tu casa corriendo: vas con cinco años de retraso!*».

Cuando llegó a oídos del Maestro la noticia de que un bosque cercano había sido devastado por el fuego, movilizó inmediatamente a sus discípulos:

«Debemos replantar los cedros», les dijo.

«¿Los cedros?», exclamó incrédulo un discípulo. «¡Pero si tardan dos mil años en crecer...!»

«Entonces tenemos que comenzar de inmediato», dijo el Maestro. «¡No hay ni un minuto que perder!».

Un amigo le dijo a otro que estudiaba en la Universidad:

«¿Para qué acudes al Maestro? ¿Va a ayudarte él a ganarte la vida?».

«No, pero gracias a él sabré lo que he de hacer con la vida cuando me la gane», fue la respuesta.

«Vuestros líderes religiosos están tan ciegos y confundidos como vosotros», dijo el Maestro. «Cuando tienen que hacer frente a los problemas de la vida, lo más que proponen son respuestas sacadas de un Libro. Pero la Vida es demasiado grande como para caber en un libro».

Y para ilustrarlo contó el caso del atracador que dijo a su víctima: «¡Esto es un atraco!» Deme todo el dinero que lleva encima; de lo contrario. . . »

«De lo contrario, ¿qué?»

«*¡Hombre, no me aturulle usted. . . : éste es mi primer trabajo. . . !*».

«¿Cómo explica el Maestro la presencia del mal en el mundo?», preguntó un visitante.

Uno de los discípulos respondió: «No lo explica. Está demasiado ocupado tratando de remediarlo».

Y otro discípulo añadió:

«La gente está siempre luchando contra el mundo o aburrida de él. El Maestro, en cambio, está encantado de que lo que ve sea asombroso, imponente, insondable. . . ».

El predicador gozaba de unánime reconocimiento por su elocuencia, pero él confesaba a sus amigos que su elocuente discurso no producía, ni de lejos, el efecto que producían las sencillas sentencias del Maestro.

Y, después de convivir durante una semana con el Maestro, pudo saber exactamente la razón de ello.

«*Cuando él habla*», dijo el predicador, «*sus palabras expresan el silencio. Las mías, en cambio, tan sólo expresan el pensamiento*».

El Maestro sentía auténtica veneración por el cuerpo humano. Por eso, cuando un discípulo se refirió a él como «vasija de barro», el Maestro citó con verdadero entusiasmo al poeta Kabir:

«Dentro de esta vasija de barro están los cañones y montañas del Himalaya, los siete mares y mil millones de galaxias; y la música de los cielos y la fuente de las cascadas y de los ríos».

Cuando el Maestro se encontró con un grupo de profesores, habló largo y tendido con ellos, porque también él había sido profesor. «Lo malo de los profesores», dijo, «es que suelen olvidar que el fin de la educación no es el aprendizaje, sino la vida».

Y contó lo que le había sucedido cuando, un día, se encontró con un muchacho que estaba pescando en el río:

«Hermoso día para pescar, ¿eh?», le dijo al muchacho.

«Sí», respondió éste.

«¿Y por qué no estás en la escuela?», le preguntó al cabo de unos instantes.

«Como usted acaba de decir, señor, hace un hermoso día para pescar».

Y se refirió también al informe escolar que había recibido de su hija pequeña: «Su hija progresó bastante en la escuela, pero sería deseable que su alegría de vivir no le impidiera progresar aún más».

Al Maestro le encantaba mostrar cómo la naturaleza está transida de santidad. En cierta ocasión, sentado en el jardín, exclamó de pronto:

«Fíjaos en aquel pájaro tan azul que está sobre aquella rama y que no deja de saltar arriba y abajo, arriba y abajo, llenando el mundo con su canto, abandonándose libremente al placer, porque no conoce la noción de 'mañana'... . ».

«La ley es la expresión de la voluntad de Dios y, como tal, debe ser honrada y amada», dijo el piadoso predicador.

«Qué necesad!», dijo el Maestro. «La ley es un mal necesario y, como tal, debe ser reducida al mínimo. Muéstrame tú a un amante de la ley, y yo te mostraré a un tirano con piel de cordero».

Y contó el caso de su hermana, que, cansada de empujar el coche de su hija, decidió ponerle un pequeño motor. Pero entonces entró en escena la policía: como el coche podíía alcanzar los seis kilómetros por hora, debía ser considerado como «vehículo automóvil», por lo que debía llevar matrícula, luces y frenos; y, sobre todo, la madre debía tener. . . ¡carnet de conducir!.

El Maestro refirió a continuación la historia de aquel astronauta que, cuando le preguntaron cómo se sentía al regresar de un viaje espacial en el que había recorrido quinientas veces una órbita alrededor de la tierra, respondió:

«¡Agotado! ¡Figúrense las veces que he tenido que recitar las oraciones de la mañana, del mediodía, de la tarde y de la noche que prescribe mi religión!».

Para el Maestro, todas las normas, por muy sagradas que fueran, tenían un valor puramente funcional y debían someterse a la Realidad, que era la única Ley Suprema.

Cuando su hija adolescente, siguiendo la moda, quiso hacerse un vestido que dejaba los hombros y la espalda al descubierto, su madre trató de convencerla de que no tenía suficiente edad para llevar aquel vestido. La discusión entre ambas se prolongó varios días.

Cuando, finalmente, pidieron el parecer del Maestro, éste le dijo a su mujer: «Deja que se lo compre. . . Si el vestido *no se le cae*, es señal de que la niña tiene suficiente edad para llevárselo».

El visitante, un escritor religioso, había acudido al Maestro en busca de unas palabras de sabiduría, y el Maestro le dijo:

«Unos escriben para ganarse la vida; otros, para comunicar sus ideas o suscitar cuestiones que inquieten a sus lectores; e incluso otros lo hacen para comprender su propia alma.

Pues bien, ninguno de ellos pasará a la posteridad. Este honor está reservado a quienes sólo escriben porque, de no hacerlo, reventarían».

Y, tras una breve pausa, añadió:

«Estos últimos son los que dan expresión a lo divino, independientemente de cuál sea el tema sobre el que escriben».

Cuando le preguntaron a qué se parecía la Curación el Maestro respondió: «Es como lluffilin , adentrarse en el desle~o Yd' debProntod' tenerla sensación de estar slen 0 0 serva o» .

;;?

«¿Por quién. »

«Por las rocas, los árboles y las montañas» .

«Una sensación incómoda. . .»

«*No. Una sensación reconfortante. Pero, por ser también una sensación desacostumbrada, uno siente la necesidad de regresar cuanto antes al mundo habitual de las personas -con sus ruidos, sus palabras y sus risas-, que nos ha alejado de la Naturaleza y de la Realidad.*».

Cuando le preguntaron si nunca se había sentido desanimado por el escaso fruto que sus esfuerzos parecían producir, el Maestro contó la historia de un caracol que emprendió la ascensión a un cerezo en un desapacible día de finales de primavera.

Al verlo, unos gorriones que se hallaban en un árbol cercano estallaron en carcajadas y uno de ellos le dijo:

«¡Oye, tú, pedazo de estúpido!, ¿no sabes que no hay cerezas en esta época del año?».

*El caracol, sin detenerse, replicó:
«No importa. Ya las habrá cuando llegue arriba».*

Un discípulo que solía padecer prolongados períodos de depresión le dijo al Maestro: «El médico no deja de insistir en que tome las medicinas que me ha recetado para mantener a raya la depresión».

«¿Y por qué no lo haces?», le dijo el Maestro.

«Porque pueden dañarme el hígado y acortar mi vida».

«¿Y prefieres tener un hígado sano antes que vivir tranquilo y dichoso?
Un año de vida vale mucho más que veinte años de invernación».

Más tarde diría a sus discípulos:

«Con la vida ocurre lo que con los chistes: lo importante no es lo que duren, sino lo que hagan reír».

Dijo un día el Maestro: «Las buenas acciones realizadas por el inconsciente son superiores a las que se realizan de manera voluntaria».

Aquello dio lugar a un montón de preguntas que el Maestro supo esquivar hábilmente, como hacía siempre que, según él, no había llegado el momento de responder.

Un día en que acudieron todos al concierto de una gran pianista, el Maestro susurró al oído de su vecino de localidad: «El movimiento de los dedos de esa mujer sobre el teclado es algo que no puede ser pretendido. Un trabajo de esa calidad tiene que ser cosa del inconsciente».

¿No te ha producido alegría alguna vez ver los frutos de tus esfuerzos?».

«*¿Qué alegría le produce a un instrumento ver lo que ha hecho la mano?*».

Un visitante del monasterio se sintió especialmente impresionado por lo que él mismo denominó el «resplandor» del Maestro. Un día en que se encontró con un viejo amigo del Maestro, le preguntó si conocía él la explicación de dicho fenómeno.

Y el otro le respondió: «Te lo diré de este modo: la Vida es un Misterio, y la Muerte es la llave que permite resolverlo. En el momento en que giras la llave, desapareces para siempre en el Misterio».

«¿Tenemos, pues, que esperar a la muerte para hacer girar la llave?», preguntó el visitante.

«¡No! Puedes hacerlo ahora, mediante el Silencio, y disolverte en el Misterio. Entonces también tú resplandecerás.... como el Maestro».

Alguien preguntó al Maestro cuál era el significado de una frase que había escuchado casualmente:

«La persona que ha alcanzado la iluminación viaja sin necesidad de moverse».

Y el Maestro le dijo:

«Siéntate ante tu ventana cada día y observa cómo cambia constantemente el decorado de tu patio trasero *a medida que acompañas a la tierra en su viaje anual alrededor del sol*».

Cautivado por la melodiosa voz con que el Maestro cantaba versos en sánscrito, un experto en este idioma dijo:

«Siempre he sabido que no hay en la tierra otro idioma como el sánscrito para expresar las realidades divinas».

«*No seas estúpido*», le dijo el Maestro; «*el idioma de la divinidad no es el sánscrito, sino el Silencio*».

Al Maestro le divertía sobremanera esa falsa autoestima que intenta pasar por humildad. Ésta es la parábola que en cierta ocasión contó a sus discípulos:

Dos hombres, un sacerdote y un sacristán, acudieron a una iglesia a orar. El sacerdote, dándose golpes de pecho, exclamaba fuera de sí:

«¡ Señor, soy el más vil de los hombres y el más indigno de tu gracia! ¡Soy un desastre y una nulidad! ¡Ten compasión de mí!».

No lejos del sacerdote, el sacristán también se daba golpes de pecho y gritaba lleno de fervor: «Ten compasión de mí, Señor, que soy un pecador y un miserable!».

El sacerdote, al oírlo, se volvió arrogante hacia él y dijo: «¡Lo que faltaba: mira quién se atreve a decir que es un miserable...!».

«Cítame un solo efecto práctico, realista, de la espiritualidad», le dijo al Maestro un escéptico con ganas de discutir.

«Aquí lo tienes», dijo el Maestro: «cuando alguien te ofende, puedes elevar tu espíritu a lo alto, donde no puede llegar la ofensa».

«¿Por qué... por qué... por qué...?».

Preguntó el discípulo cuando, para su sorpresa, el Maestro le insistió en que abandonara el monasterio en el acto, apenas veinticuatro horas después de haber ingresado en el mismo.

«Porque no necesitas un Maestro. Yo puedo mostrarte el camino, pero sólo *tú puedes recorrerlo*. Yo *puedo indicar dónde está el agua, pero sólo tú puedes beberla*. ¿Por qué *malgastas aquí tu tiempo mirándome bobalicónamente?* Ya *conoces el camino. ¡Camina!* Ya *sabes dónde está el agua. ¡Bebe!*».

Un grupo de peregrinos decidió incluir en su itinerario una visita al Maestro. Y una vez ante él, le pidieron que les dijera unas palabras de sabiduría religiosa.

El Maestro, que reconocía enseguida el talante religioso de la gente, les dijo:
«Comprended que no sois precisamente personas muy espirituales. . . »

Incomodados por esta ofensa contra su ego, le pidieron una explicación, y el Maestro les dijo:

«Un conejo y un león entraron juntos en un restaurante, donde, al verlos, nadie daba crédito a sus ojos.

El conejo le dijo al camarero:

«Lechuga sin aderezar, por favor».

«Y a su amigo, ¿qué le traigo?», preguntó el camarero.

«Nada».

«¿Quiere usted decir que el león no tiene hambre. . .?»

El conejo miró fijamente al camarero y le dijo: «*Si fuera un león, ¿piensa usted que estaría aquí sentado? No es un león. Es una imitación*».

Un discípulo curioso le dijo al Maestro:

«Dinos una forma de saber cuándo ha alcanzado uno la iluminación».

*Y dijo el Maestro: «Aquí la tienes: cuando te sorprendas preguntándote a ti mismo: ¿Soy yo quién está loco o es algún otro?».*¹

«¿Qué es lo que hace un Maestro?», preguntó un visitante de solemne aspecto.

«*Enseñar a la gente a reír*», le respondió el Maestro con toda seriedad.

Y en otra ocasión, dijo:

«Cuando seáis capaces de reíros de *la vida en su propia cara*, seréis soberanos del mundo. . ., exactamente igual que la persona dispuesta a morir».

«¿Cómo se reconoce a la persona iluminada?»

«Porque, habiendo visto el mal como mal, la persona iluminada no puede *hacerlo*», dijo el Maestro. Y añadió: «Tampoco puede ser tentada. Si lo es, se trata de un impostor».

Y contó la historia de un contrabandista que, huyendo de la policía, pidió a un monje con fama de santo que le escondiera la mercancía, porque, dada su reputación, nadie sospecharía de él.

El monje se irguió indignado y ordenó al tipo que abandonara el monasterio al instante.

«¡Te daré cien mil dólares por el favor!», le dijo el contrabandista.

El monje dudó ligeramente antes de negarse.

«¡Doscientos mil. . .!»

Pero el monje volvió a rechazar la oferta.

«¡Quinientos mil!»

¡Entonces el monje esgrimió amenazante un grueso bastón y le gritó:

«*Marcha de aquí ahora mismo: estás acercándote demasiado a mi precio!*».

«Sólo un imbécil dudaría en renunciar a todo a cambio de la Verdad», dijo el Maestro.

Y contó la siguiente parábola:

En un pequeño país, se descubrió que el subsuelo era un inmenso yacimiento petrolífero. Lógicamente, los que tenían tierras se apresuraron a vender a las compañías petrolíferas, a cambio de verdaderas fortunas, hasta el último metro cuadrado.

Pero una anciana dama se negaba en redondo a desprenderse de sus tierras.

Las ofertas alcanzaron cifras realmente astronómicas, hasta que una compañía afirmó estar dispuesta a aceptar el precio que ella quisiera. Pero ella se mantuvo tan firme que un amigo suyo, que no lo comprendía, le preguntó la razón de su actitud. y la anciana le respondió:

«*¿No ves que, si vendo mis tierras, perderé mi única fuente de ingresos?*»

«Soy un hombre muy rico, pero muy desdichado. . . ¿Puedes decirme por qué?».

«Porque empleas demasiado tiempo en hacer dinero, y demasiado poco en practicar el amor», le respondió el Maestro.

El Maestro enseñaba que el cambiar, aunque fuera para bien, conllevaba siempre efectos secundarios que convenía examinar con cuidado antes de decidir el cambio: la invención de la pólvora significó una estupenda protección contra los animales salvajes, pero también dio lugar a las guerras modernas; el automóvil agilizó las comunicaciones, pero también agravó la contaminación atmosférica; la tecnología moderna salva muchas vidas, pero también suprime una serie de esfuerzos físicos, con lo que nuestros cuerpos se debilitan.

«Érase un hombre», dijo el Maestro, «con un ombligo de oro que le ocasionaba constantes apuros, porque, siempre que se bañaba, era objeto de toda clase de bromas. El hombre no hacía más que pedirle a Dios que le quitara aquel ombligo. Por fin, una noche soñó que un ángel se lo «desenroscaba» y lo dejaba encima de la mesa, tras lo cual se esfumó.

Al despertar por la mañana, comprobó que el sueño había sido real: allí, sobre la mesa, estaba el brillante ombligo de oro. Entusiasmado, se levantó de un salto. . . ¡Y el culo se le desprendió y cayó *al suelo!*».

Preguntó un filósofo: «¿Cuál es la finalidad de la creación?».

«Hacer el amor», respondió el Maestro.

Y, más tarde, les diría a sus discípulos:

«Antes de la creación, el amor era; después de la creación, el amor se hace. Cuando el amor se haya consumado, la creación dejará de ser, y el amor será para siempre».

Un día, hablando de la tecnología moderna, el Maestro contó el caso de un amigo suyo que pretendía infundir a sus hijos el gusto por la música, para lo cual les compró un piano.

Cuando llegó a su casa aquella misma noche, encontró a sus hijos contemplando el piano absolutamente perplejos. Y, al ver a su padre, le preguntaron: «¿Cómo se enciende?».

En sus años jóvenes, el Maestro había viajado por todo el mundo. Hallándose una vez en el puerto de Shangai, oyó un griterío cerca de su barco. Al mirar hacia allá, vio cómo un hombre, inclinado sobre la borda de un junco cercano, sujetaba por la coleta a otro hombre que se debatía frenéticamente en el agua.

El del junco sumergía al otro de vez cuando en el agua y lo volvía a sacar. Luego discutían ambos durante un minuto, o algo así, hasta la siguiente zambullida.

El Maestro llamó entonces al grumete y le preguntó de qué discutían. El muchacho sonrió y dijo: «No discuten, señor. El del junco le pide al otro sesenta yuans por no ahogarle, y éste sólo ofrece cuarenta».

Tras las lógicas risas de los discípulos, el Maestro dijo: «*¿Hay uno solo de vosotros que no ande regateando con la única Vida que hay?*» y todos guardaron silencio.

«¿Qué es una persona feliz?», preguntó el discípulo.

«*La que no tiene recursos ni esperanzas... ni desea tenerlos*», respondió el Maestro.

El Maestro no permitía que ninguna afirmación sobre Dios quedara sin discutir, porque, aunque todas ellas eran expresiones poéticas o simbólicas de lo Incognoscible, sin embargo, la gente cometía el absurdo de considerarlas como descripciones literales de lo divino.

Cuando el predicador dijo: «Todo lo que sé de Dios es que es sabio y bueno», el Maestro le interpeló: «Entonces, ¿por qué permanece inactivo frente al mal?».

Y respondió el predicador: «¿Y yo qué sé? ¿Te has creído que soy un místico?».

Más tarde, el Maestro contaría a sus discípulos esta parábola judía:

Dos hombres bebían té en silencio. Al cabo de un rato, uno de ellos dijo: «La vida es como una taza de sopa templada».

«¿Como una taza de sopa templada...?», preguntó el otro. «¿Y por qué?».

«¿Y yo qué sé? ¿Te has creído que soy un filósofo?».

En cierta ocasión, hablaba el Maestro de la idea hindú de que toda la creación es juego», Un juego de Dios, y de que el universo es su patio de recreo. Y decía también que el fin de la espiritualidad es convertir toda la vida en juego.

Aquello le pareció demasiado frívolo a un puritano visitante, que preguntó: «Entonces, ¿no hay lugar para el trabajo?».

«*¡Por supuesto que lo hay! Pero el trabajo sólo se hace espiritual cuando se transforma en juego*», respondió el Maestro.

Alguien preguntó al Maestro qué significaba «acción desinteresada». Y él respondió: «La acción que es querida y realizada por sí misma, no por el reconocimiento, la utilidad o la ganancia que pueda reportar».

Y contó el caso de un individuo que fue contratado por un investigador, el cual le condujo a un patio, le dio un hacha y le dijo:

«¿Ve usted ese tronco? Pues bien, quiero estudiar en usted todos los movimientos que se ejecutan para cortarlo. . . Sólo que deberá usted emplear el lado romo del hacha, no el filo. Le daré cien dólares por hora».

El hombre creyó que aquel tipo estaba loco, pero la paga parecía excelente, de manera que puso manos a la obra. Sin embargo, dos horas más tarde le dijo: «Lo siento, señor, pero abandono. . . ».

«¿Qué pasa? ¿No está usted conforme con la paga estipulada? ¡Le daré el doble!».

««No es eso», dijo el otro. ««La paga está bien. Lo único es que, cuando corto leña, estoy acostumbrado a ver volar las astillas».

A unos padres preocupados por la educación de sus hijos, les citó el Maestro un dicho rabínico:

«No reduzcas a tus hijos a lo que tú hayas aprendido, porque ellos han nacido en otra época».

«La principal razón por la que las personas no son felices es porque se complacen
insanamente en sus sufrimientos», dijo el Maestro.

Y contó cómo, viajando él cierta noche en la litera superior de un vagón de ferrocarril, le
era imposible conciliar el sueño, porque en la litera inferior había una mujer que no dejaba
de gemir:

«¡Qué sed tengo, Dios mío, qué sed tengo. . . !»

Una y otra vez se oía aquella lastimera voz, hasta que, finalmente, el Maestro descendió
sigilosamente por la escalerilla, salió del departamento, recorrió todo el pasillo del vagón
hasta llegar a los servicios, llenó de agua dos grandes vasos de papel, regresó con ellos y
se los dio a la atormentada mujer:

«¡Aquí tiene, señora: agua!»

«Muchas gracias, señor. Dios le bendiga. . . »

*El Maestro volvió a su litera, se acomodó en ella. y a punto estaba de conciliar el sueño
cuando, de pronto, oyó de nuevo la lastimera voz:*

«¡Qué sed tenía, Dios mío, qué sed tenía. . . !».

Una asistenta social le exponía sus penas al Maestro y le refería cuánto habría podido hacer ella por los pobres si no hubiera tenido que emplear tanto tiempo y tantas energías en protegerse a sí misma y su propio trabajo de calumnias y malentendidos.

*El Maestro, tras escucharla con atención, se limitó a decirle:
«Nadie arroja piedras a un árbol sin frutos».*

«¿Puede la acción conducir a la Iluminación?», le preguntaron al Maestro.

«Sólo la acción conduce a la Iluminación», fue su respuesta, «pero ha de ser una acción desinteresada, hecha por sí misma como tal».

Y explicó cómo un día, presenciando un partido de entrenamiento de un equipo de fútbol junto al hijo pequeño de uno de los jugadores, cada vez que éste conseguía un gol, todo el mundo aplaudía, mientras el pequeño permanecía impávido y se limitaba a mirar, aparentemente aburrido.

«¿Qué te ocurre?», le dijo el Maestro; «¿no ves cómo marca goles tu padre?».

«Sí; hoy sí los marca. Pero hoy es martes, y el partido de competición será el viernes. . . Ya veremos si entonces los sigue marcando. . . »

Y el Maestro concluyó: *«Desgraciadamente, valoramos las acciones si nos ayudan a 'marcar goles', pero no en sí mismas».*

El Maestro no era muy dado a las prácticas piadosas.

Y cuando alguien le preguntó la razón de ello, respondió:

«Los rayos de la lámpara se pierden cuando ésta se halla junto al sol; aún el templo más grandioso parece minúsculo a los pies del Himalaya».

«Mi párroco me dice que el templo es el único lugar en el que debo dar culto. ¿Qué opinas tú ?»

«Que tu párroco no es la persona más indicada para aconsejar al respecto», respondió el Maestro.

«Pero ¿no es él el experto?».

En respuesta, el Maestro refirió la experiencia que había tenido en un país extraño cuando se le ocurrió hojear dos libros sobre el mismo que había adquirido.

El guía que le acompañaba frunció el ceño, señaló uno de los libros y dijo: «Ese libro es bueno; el otro es malo».

«¿Por qué? ¿Acaso el primero contiene más información?».

El guía negó con la cabeza y dijo: «Ese libro dice que se le den al guía cinco dólares; el otro dice que se le den sólo cincuenta centavos».

«Una de las razones por las que uno se adhiere a una organización religiosa es porque ésta permite eludir la religión con la conciencia tranquila», dijo el Maestro.

Y refirió entonces la conversación que había tenido con una discípula que acababa de hacerse novia de un viajante de comercio:

«¿Es un hombre atractivo?», le preguntó el Maestro.

«Bueno. . . No especialmente».

«¿Tiene mucho dinero?»

«Si lo tiene, yo no lo he visto. . .»

«¿No tiene vicios ni malas costumbres?»

«La verdad es que fuma y bebe mucho más de lo que debiera».

«¡No te comprendo! Si no tienes nada bueno que decir de él, ¿por qué te casas con él?»

«Porque se pasa la mayor parte del tiempo viajando. De este modo, tendré la satisfacción de estar casada sin tener que soportar la carga que supone un marido».

El Maestro apenas hablaba de temas espirituales. Se contentaba con comer, trabajar, jugar con sus discípulos. . . y charlar con ellos acerca de infinidad de temas, desde la situación política del país hasta el último chiste oído en el bar.

Un día, preguntó un visitante:

«¿Cómo puede enseñaros algo quien prefiere contar un chiste que hablar de Dios?»

«*Además del uso de la palabra, hay otras formas de enseñar*», le respondió un discípulo.

Al Maestro le gustaba jugar a las cartas, y un día se encontraba totalmente absorto jugando al *poker* con algunos de sus discípulos durante un bombardeo nocturno. Cuando interrumpieron el juego para tomar una copa, la conversación giró en torno al tema de la muerte.

«Si ahora mismo, mientras jugamos, me muriera yo, ¿qué haríais?», preguntó el Maestro.

«¿Qué querrías tú que hiciéramos?».

«Dos cosas. La primera, quitar mi cadáver de en medio».

«¿Y la segunda?»

«*Repartir cartas*».

«¿Por qué acudiste al Maestro?».

«Porque mi vida no iba a ninguna parte ni me daba nada».

«¿Y adónde va ahora tu vida?».

«A ninguna parte».

«¿Y qué te da ahora?».

«Nada».

«Entonces, ¿cuál es la diferencia?»

«Ahora no voy a ninguna parte, porque no hay ninguna parte adonde ir; y no obtengo nada, porque no hay nada que desear».

Un hombre que había empleado años en estudiar las leyes de su religión le dijo el Maestro:

«La clave de una vida santa y buena está en el amor, no en la religión ni en la ley».

Y le contó el caso de dos muchachos que acudían un día a la catequesis dominical, pero estaban tan hartos de doctrina que uno de ellos propuso «hacer novillos».

«¿Hacer novillos? ¡No sabes lo que dices! Nuestros padres nos echarían mano y nos molerían a palos. . .».

«¡Pues les devolvemos los golpes!».

«¡Cómo! ¿Pegar a tu padre...? ¡Debes de estar loco! ¿Has olvidado que Dios nos manda honrar padre y madre?».

«Es verdad. . . ¡Hagamos una cosa: tú pegas a *mi* *padre*, y yo al *tuyo*!».

El Maestro afirmaba que carecía de todo sentido definirse como indio, chino, africano, americano, hindú, cristiano o musulmán, porque ésas son meras etiquetas.

Ya un discípulo que afirmaba ser judío por encima de todo, le dijo con enorme delicadeza: «Lo que es judío es tu condicionamiento, no tu identidad».

«¿Y cuál es mi identidad?»

«Nada...», dijo el Maestro.

«¿Quieres decir que soy puro vacío?», preguntó incrédulo el discípulo.

««Nada. .. que pueda ser etiquetado», concluyó el Maestro.

En la fiesta de cumpleaños del Maestro, un discípulo se negó en redondo a beber ni siquiera un vaso de vino.

Mientras deambulaba por la sala, tropezó con el Maestro, el cual le hizo un guiño y le susurró: «Todavía tienes algunas cosas interesantes que aprender, mi querido amigo».

«¿Cuál, por ejemplo?»

«*Por ejemplo, ésta: podrías rociar con vino la esterilla que empleas para orar, y todavía seguiría empapada de Dios*».

El Maestro no imponía la austeridad, sino la moderación, y afirmaba que, si disfrutáramos realmente de las cosas, seríamos espontáneamente moderados.

Cuando le preguntaron por qué se oponía a las prácticas ascéticas, respondió:

«Porque producen odiadores del placer, que siempre acaban convirtiéndose en inflexibles y crueles odiadores de las personas».

«Pero hay muchos amantes del placer», le replicó alguien, «que también son inflexibles y crueles. . . ».

«*No exactamente. No es el placer lo que aman, porque se atiborran de él. Lo que aman es el castigo que infligen a sus propios cuerpos con el placer excesivo*».

El Maestro solía enseñar con paráboles y cuentos. Alguien preguntó un día a un discípulo de dónde sacaba el Maestro aquellas historias.

«De Dios», fue la respuesta. «Cuando *Dios quiere que cures, te envía pacientes; cuando quiere que enseñes, te envía alumnos; cuando quiere que seas Maestro, te envía historias*».

Cuando alguien quiso saber qué pensaba el Maestro sobre el mandato de Jesús a sus discípulos de odiar a sus padres, el Maestro dijo: «Difícilmente encontraréis mayor enemigo que un parente».

Y contó cómo en cierta ocasión se encontró en un supermercado con una mujer que empujaba un cochecito con dos niños dentro.

«¡Qué niños más monos tiene usted!», le dijo el Maestro. «¿Cuántos años tienen?».

«El médico, tres», respondió la mujer; «el abogado, dos».

A los discípulos que confiaban ingenuamente en que no había nada que no pudieran lograr si se ponían a ello con decisión, el Maestro solía decirles: «Las mejores cosas de la vida no pueden lograrse por la fuerza».

«Puedes obligar a comer, pero no puedes obligar a sentir hambre; puedes obligar a alguien a acostarse, pero no puedes obligarle a dormir; puedes obligar a que te elogien, pero no puedes obligar a sentir admiración; puedes obligar a que te cuenten un secreto, pero no puedes obligar a inspirar confianza; puedes obligar a que te sirvan, *pero no puedes obligar a que te amen*».

«Siempre que intentes hacer cambiar a otra persona», dijo el Maestro, «pregúntate lo siguiente: «¿Quién va a beneficiarse de este cambio: mi orgullo, mi placer o mi interés?»

Y contó la siguiente historia:

Un hombre estaba a punto de arrojarse por un puente cuando, de pronto, un policía corrió hacia él y le dijo: «¡No, por favor, no lo haga! ¿Por qué va a arrojarse al agua un hombre joven como usted, que ni siquiera ha vivido. . . ?»

«¡Porque estoy harto de la vida!»

«Escúcheme, por favor: si usted se arroja al agua, yo tendré que saltar para salvarlo, ¿no es así? Ahora bien, el agua está helada, y yo acabo de pasar una neumonía. ¿Sabe usted lo que eso significa? Sencillamente, que moriré.

Tengo mujer y cuatro hijos. . . ¿Podría usted vivir con semejante peso en su conciencia? Claro que no. Así que escúcheme: sea bueno, arrepíéntase, y Dios le perdonará. Vuelva a su casa y, en la intimidad de su hogar. . . , ¡ahórquese si lo desea!».

Irritado por el paradójico lenguaje del Maestro, un filósofo llegado de Europa exclamó: «He oído decir que al este del Canal de Suez dos afirmaciones contradictorias pueden ser simultáneamente verdaderas».

No había relojes en el monasterio. Por eso, cuando un hombre de negocios se quejó de la falta de puntualidad, el Maestro le dijo:

«La nuestra es una puntualidad cósmica, no una puntualidad de oficina».

Y, al ver que el hombre de negocios no lo comprendía, añadió:

«Todo depende del punto de vista. Desde el punto de vista del bosque, ¿qué significa la pérdida de una hoja?. Desde el punto de vista del cosmos, ¿qué significa el incumplimiento de su agenda de trabajo?».

«¿Por qué son más las personas que no alcanzan la Iluminación?».

«Porque lo que buscan no es la Verdad, sino su propia conveniencia», respondió el Maestro.

Y lo mostró con un cuento de la tradición sufí:

Un hombre en apuros económicos trataba de vender en la calle una alfombra bastante deteriorada. El primer individuo al que se la ofreció le dijo: «Ésa es una birria de alfombra, y además está destrozada». Y la compró por cuatro perras.

Un minuto más tarde, el comprador le dijo a otro individuo que pasaba por allí: «Aquí tiene usted una alfombra tan suave como la seda, señor; no encontrará otra igual».

Y un sufí que había visto la escena intervino: «Por favor, alfombrero, métame a mí en esa caja mágica suya que puede convertir una birria de alfombra en una alfombra excepcional, y un guijarro en una piedra preciosa».

«Naturalmente, la caja mágica», añadió el Maestro, «es lo que llamamos 'egoísmo': el instrumento más eficaz del mundo para transformar la verdad en engaño».

«Yo pensaba que la espiritualidad no tenía nada que ver con la política. . .», dijo un discípulo que se sorprendió bastante cuando tuvo conocimiento de las actividades políticas del Maestro.

«Eso es porque no tienes ni idea de lo que es la espiritualidad», le replicó el Maestro.

Y al día siguiente le llamó y le dijo:

«Tampoco tienes ni idea de lo que es la política».

«¿Existe eso del 'amor desinteresado' ?», le preguntaron al Maestro. Y éste, en respuesta, narró la siguiente historia:

Cuando murió, el señor Buenazo tuvo que aguardar a la puerta del cielo mientras los ángeles examinaban los archivos referidos a él. Finalmente, el ángel encargado del registro le miró y exclamó: «¡Esto es fabuloso! ¡Es realmente inaudito! ¡En toda tu vida no has cometido ni un solo pecado, ni el más pequeño. . .! ¡No has hecho más que actos de caridad! ¿En qué categoría vamos a incluirte en el cielo? Por supuesto que no en la categoría de ángel, porque no lo eres. . . Tampoco podemos considerarte un ser humano, porque no has tenido ni una sola debilidad. . . No hay más remedio que enviarte de nuevo a la tierra durante un día, para que al menos puedas cometer un pecado. . . y regresar aquí como un ser humano».

Así fue como el señor Buenazo, disgustado y totalmente perplejo, se encontró de nuevo en una esquina de su ciudad, decidido a alejarse al menos un paso del sendero recto y estrecho.

Pasó una hora..., dos..., tres..., y allí seguía el señor Buenazo, preguntándose qué demonios tendría que hacer. Por eso, cuando una mujer pasó por allí y le hizo un guiño, él reaccionó con inusitada rapidez. La mujer no era precisamente un dechado de juventud ni de belleza, pero significaba para él su pasaporte al cielo; de modo que se fue a pasar la noche con ella.

Cuando amaneció, el señor Buenazo miró su reloj: debía darse prisa, pues no le quedaba más que media hora. Estaba vistiéndose a todo correr cuando, de pronto, se le heló la sangre al escuchar cómo la buena señora le gritaba desde la cama: «¡Oh, mi querido señor Buenazo, qué inmensa obra de caridad ha hecho usted conmigo esta noche!».

Un experto en arte pronunciaba una conferencia en el monasterio.

«El arte», decía, «se encuentra en los museos, pero la belleza se halla por doquier: en el aire, en la tierra, en todas partes, a disposición de todos. . . y sin nombre de ninguna clase».

«Exactamente igual que la espiritualidad», dijo el Maestro al día siguiente, cuando estuvo a solas con sus discípulos. «Sus símbolos se encuentran en ese museo que llamamos 'templo', pero su sustancia se halla en todas partes, a disposición de todos, sin que nadie la reconozca y sin nombre de ninguna clase».

El Maestro, aunque le fascinaba la tecnología moderna, se negaba a darle el nombre de «progreso».

El verdadero progreso, para él, era el «progreso del corazón», el «progreso de la felicidad», no el «progreso del cerebro» o el «progreso de los cacharros».

«¿Qué piensa usted de la civilización moderna?», le preguntó una vez un periodista.

«Creo que sería una buenísima idea», fue su respuesta.

Un día en que surgió el tema del progreso moderno, el Maestro refirió lo que le había ocurrido con dos visitantes procedentes de un país desarrollado.

Cuando él les preguntó acerca de la situación económica de su país, uno de ellos se mostró ofendido:

«¡Hombre. . . ! ¡El nuestro es un país civilizado! ¡Incluso tenemos unas cuantas fábricas de armamento!».

El Maestro le dijo a un asistente social:

«Me temo que estás haciendo más mal que bien».

«¿Por qué?»

«Porque únicamente subrayas uno de los dos imperativos de la justicia».

«¿A saber. . . ?»

«Que los pobres tienen derecho al pan».

«¿Y cuál es el otro?»

«Que los pobres tienen derecho a la belleza».

Lo que no le gustaba al Maestro de los «activistas sociales» era que buscaban la reforma, no la revolución.

Y solía narrar este cuento:

Érase una vez un rey muy sabio y bondadoso que, al enterarse de que había una serie de personas inocentes en las mazmorras de su prisión, mandó construir otra prisión más confortable para aquellos inocentes.

Un discípulo sentía tal veneración por el Maestro que le miraba como si fuera el mismo Dios encarnado.

«Dime, oh Maestro», le dijo en cierta ocasión, «¿por qué viniste a este mundo?».

«Para enseñar a los necios como tú a que dejen de malgastar su tiempo en rendir culto a los Maestros», fue su respuesta.

Cuando alguien se jactó de los logros económicos y culturales de su país, el Maestro, completamente impávido, le preguntó: «Y todos esos logros ¿han producido algún cambio en los corazones de tus compatriotas?»

Y contó el caso de aquel hombre blanco que, capturado por los caníbales y conducido ante el jefe de la tribu antes de ser asado vivo, comprobó asombrado cómo el cacique hablaba el inglés con perfecto acento de Harvard.

«Los años que pasó usted en Harvard», le preguntó el hombre blanco, «¿no sirvieron para cambiarle en nada?».

«Por supuesto que sí», respondió. «Sirvieron para civilizarme: una vez que usted haya sido asado, me vestiré para cenar y usaré cuchillo y tenedor».

«Lo malo de ti es que buscas a Dios fuera de ti», dijo el Maestro.

«¿Debo entonces buscarlo dentro?».

«¿Es que no ves que tu dentro, está fuera de ti?», dijo el Maestro.

El Maestro no dejaba de recordar a la gente que vivían como si fueran robots: «¿Cómo podéis llamaros 'humanos' cuando todos vuestros pensamientos, sentimientos y acciones brotan mecánicamente, no de vosotros mismos, sino de vuestros condicionamientos?».

«¿Y hay algo que pueda acabar con los condicionamientos y liberarnos?», preguntaron los discípulos.

«Sí, la conciencia».

Y, como si lo hubiera pensado mejor, añadió: «. . . y la catástrofe».

«¿La catástrofe?»

«Sí. Un inglés muy inglés me contó una vez cómo, tras naufragar su barco en mitad del océano y nadar junto a otro inglés durante toda una hora, al fin consiguió liberarse de su condicionamiento y hablarle al otro. . . ¡sin haberle sido presentado!»

«¿Y qué le dijo?»

«Le dijo: 'Perdóneme por dirigirme a usted sin haber sido presentados, pero ¿sabe usted si es éste el camino para Southampton?'».

El Maestro prevenía una y otra vez contra todo intento de encerrar la Realidad en un concepto o en un nombre.

Un experto en misticismo le dijo: «Cuando usted habla del SER, ¿se refiere usted al ser eterno y trascendente o al "ser **transciente** y contingente?"».

El Maestro cerró sus ojos pensativo. Luego los abrió, adoptó su expresión más encantadora y dijo: «¡Sí!».

Más tarde diría: «En cuanto le das un nombre a la Realidad, deja de ser Realidad».

«¿Aunque le llames 'Realidad'?», preguntó maliciosamente un discípulo.

«Sobre todo cuando le llaman 'eso'».

El Maestro se había propuesto destruir sistemáticamente toda doctrina, toda creencia y toda noción de la divinidad, porque estas cosas, originariamente pensadas para servir de puntos de referencia, se estaban tomando como auténticas descripciones.

Y le gustaba citar el dicho oriental:

«Cuando el sabio señala con el dedo a la luna, lo único que ve el idiota es el dedo».

El Maestro no discutía con nadie, porque sabía que lo que el «discutidor» buscaba era la confirmación de sus creencias, no la Verdad.

Y en cierta ocasión mostró del siguiente modo el valor que tiene una discusión:

«Cuando cae al suelo una rebanada de pan, ¿dónde queda el lado untado de mantequilla: arriba o abajo?»

«Abajo, naturalmente».

«No señor; arriba».

«Hagamos la prueba».

Se untó de mantequilla por un lado una rebanada de pan, se arrojó al aire. . . y cayó con la mantequilla hacia arriba.

«¡He ganado!».

«Porque he cometido un error».

«¿Qué error?».

«Evidentemente, he untado el lado equivocado».

«Una creencia religiosa», dijo el Maestro, «no es una afirmación de la Realidad, sino un indicio, una pista de algo que es un Misterio y que queda fuera del alcance del pensamiento humano. En suma, una creencia religiosa no es más que un dedo apuntando a la luna.

Algunas personas religiosas nunca van más allá del estudio del dedo.

Otras se dedican a chuparlo.

Y otras usan el dedo para sacarse los ojos. Éstos son los fanáticos a quienes la religión ha dejado ciegos.

En realidad, son poquísimas las personas religiosas lo bastante objetivas como para ver lo que el dedo está señalando. Y a estas personas, que han superado la creencia, se las considera blasfemas».

Una noche, el Maestro condujo a los discípulos a campo abierto para poder contemplar el cielo estrellado.

Una vez allí, apuntando con el dedo a las estrellas, miró a los discípulos y dijo:

«Ahora, concentraros todos en mi dedo».

Entonces comprendieron.

Alarmado por la tendencia del Maestro a desacreditar toda afirmación de creencia en Dios, un discípulo exclamó: «¡Me he quedado sin nada a lo que aferrarme!».

«Eso es lo que dice la cría cuando se ve forzada a dejar el nido», dijo el Maestro.

Y más tarde diría:

«¿Imagináis que voláis cuando os mantenéis cómodamente instalados en el nido de vuestras creencias? Eso no es volar. ¡Eso es batir las alas!».

«La humildad no es autoestima», dijo el Maestro. «La humildad proviene de la convicción de que lo único que consigue uno con su esfuerzo es cambiar su conducta, no a sí mismo».

«¿Quieres decir que el verdadero cambio no requiere esfuerzo?».

«Exacto», dijo el Maestro.

«¿Y cómo se produce?»

«Siendo consciente», dijo el Maestro.

«¿Y qué hay que hacer para ser consciente?»

«¿Qué hay que hacer para despertar cuando uno está dormido?», dijo el Maestro.

«¿De manera que no hay bien alguno del que pueda uno enorgullecerse. . .?»

En respuesta, el Maestro refirió una conversación que había oído al azar:

«¡Qué voz tiene nuestro Maestro. . . ! ¡Qué divinamente canta. . . !»

«¡Bueno. . . ! También yo cantaría igual si tuviera su voz».

Cuando el soberano de un reino vecino anunció su propósito de visitar el monasterio, todo el mundo exteriorizó su nerviosismo. Sólo el Maestro mantuvo su habitual calma.

Conducido el rey a presencia del Maestro, le hizo una profunda reverencia y le dijo: «He oído decir que has alcanzado la perfección mística, y quisiera saber cuál es la esencia de lo místico».

«¿Para qué?», preguntó el Maestro.

«Deseo averiguar la naturaleza del ser, a fin de poder controlar mi propio ser y el de mis súbditos y conducir a mi pueblo a la armonía».

«Está bien», dijo el Maestro, «pero debo advertirte que, cuando hayas avanzado en tu averiguación, descubrirás que esa armonía que buscas no se consigue a base de control, sino a base de entrega».

Preguntó el predicador santurrón:

«¿Cuál es, a tu juicio, el mayor pecado del mundo?».

«El de quien ve a los demás seres humanos como pecadores», respondió el Maestro.

«En realidad, hay dos tipos de seres humanos: los fariseos y los publicanos», dijo el Maestro después de leer la parábola de Jesús.

«¿Y cómo se reconoce a los fariseos?»

«Es muy sencillo: son los que hacen la clasificación», respondió el Maestro.

«Todos los seres humanos son aproximadamente igual de santos o de pecadores», dijo el Maestro, a quien, por otra parte, no le gustaba emplear esta clase de etiquetas.

«¿ Cómo puedes equiparar a un santo con un pecador?», protestó un discípulo.

«Porque todos estamos a la misma distancia del sol. ¿O acaso reduce la distancia el hecho de vivir en lo alto de un rascacielos?».

El Maestro sostenía que lo que todo el mundo tiene por verdadero es falso; por eso el «pionero» se encuentra siempre en absoluta minoría.

Y decía:

«Pensáis en la Verdad como si fuera una fórmula que podéis sacar de un libro. Pero la Verdad exige pagar el precio de la soledad. Si quieres seguir a la Verdad, has de aprender a caminar solo».

«Estoy dispuesto a ir adonde sea en busca de la Verdad», dijo el fervoroso discípulo.

El Maestro esbozó una pícara sonrisa. «¿Y cuándo vas a partir?», preguntó.

«En cuanto me digas adonde debo ir».

«Te sugiero que vayas en la dirección en la que apunta tu nariz».

«Sí, pero ¿dónde debo detenerme?».

«Donde tú quieras».

«¿Y estará allí la Verdad?».

«Sí. Justamente delante de tu nariz, mirando fijamente a esos ojos tuyos que son incapaces de ver».

«¿Es fácil o difícil la Iluminación?»

«Es tan fácil y tan difícil como ver lo que tienes delante de los ojos».

«¿Cómo va a ser difícil ver lo que tienes delante de los ojos?»

A esta pregunta respondió el Maestro con la siguiente anécdota:

Una muchacha, al encontrarse un día con su novio, le preguntó: «¿Notas algo diferente en mí?».

«¿El vestido es nuevo...?».

«No».

«¿Los zapatos...?».

«No. Es otra cosa».

«Me rindo».

«Llevo puesta una máscara anti-gas».

El discípulo, que era budista, preguntó:
«¿Cuál es la mente de Buda?».

«¿Por qué no preguntas por tu propia mente o por tu yo, en lugar de preguntar por el de otro?», dijo el Maestro.

«Está bien. ¿Cuál es mi yo, Maestro?».

«Para eso tienes que aprender lo que se llama 'el acto secreto'».

«¿Y cuál es el acto secreto?».

«Éste», dijo el Maestro mientras cerraba y abría los ojos.

El Maestro explicaba a sus discípulos que alcanzarían la Iluminación el día en que consiguieran mirar sin interpretar.

Ellos quisieron saber en qué consistía mirar interpretando.

Y el Maestro lo explicó así:

Dos peones camineros católicos se hallaban trabajando justamente delante de un burdel cuando, de pronto, vieron cómo un rabino se deslizaba furtivamente en la casa.

«¿Qué vas a esperar de un rabino?», se dijeron el uno al otro.

Al cabo de un rato, el que entró fue un pastor protestante. Ellos no se sorprendieron:
«¿Qué vas a esperar. . .?».

Entonces apareció el párroco católico, que, cubriéndose el rostro con una capa, se deslizó también en el edificio. «Es terrible, ¿no crees? Una de las chicas debe de estar muy enferma».

Un discípulo preguntó un día al Maestro cómo podía él incorporarse al Camino.

«¿Oyes el murmullo de ese arroyo que pasa junto al monasterio?»

«Sí».

«Ésa es una excelente manera de incorporarse al Camino».

Al Maestro le gustaba contar algo que le había ocurrido a él mismo:

Al poco de nacer su primer hijo, entró un día en la habitación de éste, vio a su mujer delante de la cuna y se quedó mirando silenciosamente cómo contemplaba ella al niño dormido. Al ver en el rostro de su mujer una mezcla de incredulidad, arroamiento y éxtasis, se le saltaron las lágrimas, se acercó a ella de puntillas, le rodeó la cintura con su brazo y le susurró:

«Sé lo que estás sintiendo, querida. . .»

Volviendo en sí, la mujer le dijo: «Sí. Que me maten si entiendo cómo se puede hacer una cuna como ésta por veinte dólares».

Cada vez que salía a colación el tema de Dios, el Maestro insistía en que Dios excede la capacidad de comprensión del ser humano; es decir, que Dios es un Misterio y que, por consiguiente, cuanto digamos de Dios no tiene nada que ver con Él, sino con la idea que tenemos de Él.

De hecho, los discípulos nunca comprendieron las consecuencias de ello hasta el día en que el Maestro decidió mostrárselas:

«No es exacto decir que Dios creó el mundo, o que Dios nos ama, o que Dios es grande. . . , porque de Dios no puede afirmarse nada. Por tanto, para ser exactos, deberíamos decir: 'Nuestro concepto de Dios creó el mundo, nuestro concepto de Dios nos ama, nuestro concepto de Dios es grande'. . . »

«Si es así, ¿no tendríamos que abandonar cualquier concepto que tengamos de lo divino?»

«No tendríais que abandonar vuestros ídolos si no los hubierais construido primero», dijo el Maestro.

A algunos discípulos les inquietaba el hecho de que al Maestro no pareciera preocuparle demasiado si la gente creía o no en un Dios personal.

En cierta ocasión, el Maestro les citó un pensamiento que le gustaba muchísimo y que lo había tomado del Diario del antiguo Secretario General de la ONU, Dag Hammarskjold:

«Dios no muere el día en que dejamos de creer en una divinidad personal, sino que morimos nosotros el día en que nuestras vidas dejan de estar iluminadas por el continuo resplandor, renovado día a día, de un *prodigo* cuya fuente excede todo razonamiento».

En cierta ocasión, el Maestro comprobó que una gran muchedumbre se había congregado a la puerta del monasterio gritando consignas alusivas a su persona y portando una pancarta en la que podía leerse: *Cristo es la respuesta*.

Se acercó al individuo de severo aspecto que sostenía en sus manos la pancarta y le dijo: «Sí, pero ¿cuál es la pregunta?»

El tipo quedó momentáneamente desconcertado, pero enseguida se recobró y dijo: «Cristo no es la respuesta a una pregunta, sino la respuesta a nuestro problema».

«Entonces, dime: ¿cuál es el problema?».

Más tarde, diría a los discípulos: «Si Cristo es verdaderamente la respuesta, entonces lo que Cristo significa es la comprensión clara y distinta de *quién* y *cómo* está creando el problema».

«¿Cómo puedo obtener la Iluminación?», preguntó un impaciente discípulo.

«Ve la realidad tal como es», le dijo el Maestro.

«¿Y qué puedo hacer para ver la realidad tal como es?»

El Maestro sonrió y dijo: «Tengo para ti una buena y una mala noticia, querido».

«¿Cuál es la mala noticia?»

«Que no puedes hacer nada para ver. . . ; eso es un don».

«¿Y la buena noticia?»

«Que no puedes hacer nada para ver. . . ; eso es un don».

El Maestro no apreciaba a los ideólogos, por la sencilla razón de que sus teorías parecían razonables, pero nunca encajaban con la realidad.

Una vez habló de un ideólogo que había dicho: «Este mundo está loco: los ricos compran a crédito, aunque tienen dinero a montones, mientras los pobres, que no tienen un céntimo, deben pagar al contado».

« ¿Y qué sugieres tú?», le preguntaron.

«Invertir los términos: hacer que los ricos paguen al contado y dar crédito a los pobres».

«Pero, si un tendero fiara a los pobres, no tardaría en empobrecerse él mismo. . . »

« ¡Fantástico! », dijo el ideólogo. « ¡Así también él podría comprar a crédito! »

Al Maestro le resultaba muy pesado hablar a quienes se empeñaban constantemente en defender la existencia de Dios o discutir acerca de Su naturaleza y, sin embargo, olvidaban la importancia del conocimiento de sí mismos, que era lo único que podría proporcionarles amor y liberación.

Y a un grupo de personas que le pidieron que les hablara de Dios, les dijo: «Desgraciadamente, lo que pretendéis es hablar de Dios, en lugar de verlo; y lo veis tal como *pensáis* que es, no como *realmente* es. Pero, si Dios es manifiesto y no se oculta, ¿por qué hablar de Él? Abrid los ojos y ved».

Y más tarde añadiría: «Ver es lo más fácil del mundo. Lo único que tenéis que hacer es abrir los postigos de vuestras Ideas sobre Dios».

«Tenemos que comer y vestimos», dijo un discípulo; «pero ¿cómo podríamos liberamos de semejante servidumbre?»

«Todos comemos y nos vestimos», dijo el Maestro.

«No comprendo. . .»

«Si no comprendes, vístete y come».

Más tarde diría: «Nunca os mostréis superiores a nada que queráis evitar».

Y posteriormente añadiría: «Las personas que pretenden estar por encima de una comida bien preparada y de un traje bien cortado. . . son dementes espirituales».

Según afirmaba el Maestro, la mayoría de las personas que son infelices, lo son porque han tomado la decisión de serlo. Por eso es por lo que, de dos personas que se encuentran en idéntica situación, una es feliz, y la otra desdichada.

A este respecto, contaba el Maestro cómo, al resistirse su hija pequeña a acudir a un campamento de verano, él, para tratar de disipar sus recelos, compró unas cuantas tarjetas postales, puso en todas ellas su propio nombre y dirección y se las dio a su hija:

«Ahora», le dijo, «escribe cada día 'Me encuentro perfectamente' en una de estas tarjetas, y échala al correo».

La niña, tras reflexionar un momento, preguntó: « ¿Cómo se escribe 'miserable'?»

El Maestro era un ferviente partidario de la investigación histórica. Lo único que tenía contra los historiadores era que, por lo general, pasaban por alto las mejores lecciones que la propia historia ofrece.

« ¿Por ejemplo?», le preguntó uno.

«Por ejemplo, la visión de los problemas, en otro tiempo auténticamente vitales, y ahora meras y frías abstracciones en un libro.

O los personajes del drama de la historia, supuestamente tan poderosos en su tiempo, convertidos en auténticas marionetas manejadas a través de unos hilos tan evidentes para nosotros, pero tan patéticamente insospechados para ellos»

Dijo el Maestro: «Lo que vosotros llamáis "amistad", en realidad es una transacción comercial: 'Responde a mis expectativas, dame lo que yo quiero, y yo te amaré; no lo hagas, y mi amor por ti se convertirá en resentimiento e indiferencia' ».

Y contó la historia de aquel individuo que, al regresar a casa después de un día de duro trabajo, fue recibido por su mujer y su hija de tres años.

« ¿No hay un beso para papá?»

«No».

«Me avergüenzo de ti. Papá está todo el día trabajando duro para traer dinero a casa, ¿y es éste el pago que tú le das? Ven aquí; a ver, ¿dónde está ese beso. . .?»

Mirándole a los ojos, la preciosa criatura de tres años le dijo: « ¿Dónde está el dinero?»

Dijo un discípulo: « yo no cambio mi amor por dinero».

Y replicó el Maestro: « ¿Acaso no es tan malo, o peor, que lo cambies por amor?»

« ¿En qué consiste la Iluminación?»

«En ver».

« ¿En ver qué ?»

«La superficialidad del éxito, la vaciedad de nuestros logros, la insignificancia del esfuerzo humano. . . », Dijo el Maestro.

El discípulo quedó horrorizado: « ¡Pero eso es pesimismo y desesperación!»

«No. Es la emoción y la libertad del águila que planea sobre un barranco sin fondo».

Un discípulo bastante deprimido se quejaba de que, por culpa de sus defectos, se sentía estafado por la vida.

« ¿Estafado?», gritó el Maestro. « ¿Estafado tú? ¡Mira a tu alrededor! ¡Con cada momento de lucidez, estás siendo pagado con creces!»

Al día siguiente, el Maestro contó la historia de aquel hotelero que se quejaba de los negativos efectos que suponía para su negocio la construcción de una nueva autopista.

«La verdad es que no te comprendo», le dijo un amigo. «Todas las noches veo colgado en la puerta de tu hotel el cartel de 'Completo'...»

«Sí, pero no te fíes de eso. Antes de que construyeran la autopista, cada noche tenía que rechazar a unas treinta o cuarenta personas, mientras que ahora no pasan nunca de veinticinco».

Y añadió el Maestro: «Cuando estás decidido a sentirte mal, hasta los clientes que no existen son reales».

Aquello hizo que los discípulos se acordaran del pesimista que dijo: «La vida es tan horrenda que preferiría no haber nacido».

«Sí», le replicó el Maestro con una maliciosa sonrisa, «pero ¿cuántos tienen esa suerte? Tal vez uno de cada diez mil...»

El Maestro tenía que saber que sus palabras excedían muchas veces la capacidad de comprensión de sus discípulos. No obstante, les hablaba convencido de que algún día esas palabras arraigarían y florecerían en sus corazones.

Un día les dijo:

«El tiempo siempre parece muy largo cuando esperas unas vacaciones o un examen, algo por lo que has suspirado o has temido que llegara.

Pero para quienes se atreven a abandonarse a la experiencia del momento presente -sin pensar en la experiencia misma ni desear que ésta se repita o que pueda ser evitada-, el tiempo se transforma en el resplandor de la Eternidad».

«Te está destruyendo la molicie con que vives», le dijo el Maestro a un discípulo bastante indolente. «Sólo un desastre puede salvarte».

Y lo explicó del siguiente modo:

«Si arrojas una rana en una olla de agua hirviendo, saltará fuera al instante. Si la arrojas en una olla de agua que está calentándose muy poco a poco, la rana acabará perdiendo la tensión que le permita saltar en el momento oportuno».

« ¿Tienes algún consejo que darme para el ejercicio de mi cargo?», preguntó el gobernador.

«Sí», respondió el Maestro: «aprende a dar órdenes».

« ¿Y cómo debo darlas?»

«De forma que los demás puedan recibirlas sin sentirse inferiores».

Cuando le preguntaron cómo se descubría el Silencio, el Maestro contó esta historia:

Una fábrica estaba interesada en adquirir pieles de rana. Al enterarse, un agricultor telegrafió a la fábrica para comunicar que él podía suministrar cualquier cantidad que le pidieran, incluso más de cien mil, si era preciso. La fábrica le telegrafió: «Envíe una primera remesa de cincuenta mil».

Dos semanas más tarde, llegó a la fábrica una sola piel de rana con una nota que decía: «Les presento mis excusas, pero ésa es la única piel de rana que he podido encontrar. El ruido, ciertamente, me engaño».

Más tarde, diría el Maestro: «Examinad el ruido que hace la gente. Luego comprobad el ruido que hacéis vosotros, y descubriréis la nada, el vacío. . . y el Silencio».

«Mi vida es como un cristal hecho pedazos», dijo el visitante. «Mi alma está corrompida por el mal. . . ¿Puedo tener alguna esperanza?»

«Sí», dijo el Maestro. «Hay algo con lo que se repara cualquier cosa rota y se limpia cualquier mancha».

«¿Y qué es?»

«El perdón».

«¿Y a quién he de perdonar?»

«A todos:

a la vida,
a Dios,
a tu prójimo...
y, sobre todo, a ti mismo».

«¿Y cómo se hace?»

«Comprendiendo que no hay que culpar a nadie», dijo el Maestro, «A NADIE».

La gente se escandalizaba cuando oía decir al Maestro que la verdadera religión no era un asunto sociológico. Y ponía este ejemplo:

Érase un osezno polar que un día le preguntó a su madre: «Mami, ¿papá era también un oso polar?»

«Por supuesto que era un oso polar».

Al cabo de un rato, volvió a preguntar: «Dime, mami, ¿también el abuelo fue un oso polar?»

Claro que sí. También el abuelo».

«Y el bisabuelo, ¿también él fue un oso polar?»

«Sí, también el bisabuelo... ¿A qué viene tanta pregunta?»

«Es que me estoy congelando».

Y concluía el Maestro: «La religión no tiene nada de sociológico ni de heredado. Es un asunto sumamente personal».

«Ando buscando el sentido de la existencia», dijo el visitante.

«Naturalmente, das por supuesto que la existencia tiene un sentido... », le dijo el Maestro.

« ¿Es que no lo tiene?»

«Cuando experimentes la existencia tal como es -no como tú *piensas* que es-, descubrirás que tu pregunta no tiene sentido», dijo el Maestro.

« ¿Existe eso que llaman 'liberación social'?»

«Naturalmente que existe», dijo el Maestro.

« ¿Y cómo la describirías tú?»

«Como liberarse de la necesidad para pasar a pertenecer a la manada», fue la respuesta.

«Mi querido amigo», le dijo el Maestro al luchador por la libertad en su celda carcelaria, «mañana tendrás que hacer acopio de valor para hacer frente a tu ejecución. Y sólo una cosa te impide afrontar la muerte con alegría».

« ¿Cuál? »

«Tu deseo de que se recuerden tus proezas. Tu deseo de que las generaciones futuras aplaudan tus heroicas hazañas».

« ¿Hay algo de malo en ello?», preguntó el condenado a muerte.

« ¿No has pensado nunca que, si la posteridad recuerda tus gestas, no será contigo con quien las relacione, sino con tu *nombre*?»

« ¿Y no es lo mismo?»

« ¡De ninguna manera, querido amigo! Tu nombre es el sonido al que tú respondes, tu 'etiqueta'. Pero ¿quién eres tú?»

Aquello bastó para que aquel hombre «muriera» aquella misma noche... antes incluso de que fuera a buscarle el pelotón de ejecución al amanecer.

La conversación del Maestro con el condenado a muerte trascendió y llegó a sus discípulos.

«El Maestro exagera. . . Seguro que el nombre de uno es algo más que un sonido», dijeron.

En respuesta, el Maestro les contó el caso de un vendedor callejero que llegó a hacerse millonario, sólo que, en lugar de firmar los cheques con su nombre, los firmaba con dos cruces, porque el tipo era analfabeto.

Un día, el banquero se sorprendió al ver que en un cheque había tres cruces. «Es la firma de mi mujer, que tiene ciertas pretensiones sociales», explicó el millonario. «La segunda cruz es mi primer apellido».

Los discípulos se hallaban sentados a la orilla de un río.

«Si me cayera al agua, ¿me ahogaría?», preguntó uno de ellos.

«No», le respondió el Maestro. «No es el caerte al agua lo que hace que te ahogues, sino el quedarte dentro».

Comentando la imagen evangélica de las personas que cuelan el mosquito y se tragan el camello, el Maestro refirió cómo en cierta ocasión, durante la guerra, había hecho que todos los lugareños se refugiaran en los sótanos del monasterio para protegerse de un feroz bombardeo aéreo. Allí estuvieron sentados todo el día, mientras las bombas caían en el exterior. Cuando llegó la noche, dos individuos no pudieron seguir soportando la situación: « ¡Ya está bien! », dijeron. « ¡Con bombas o sin ellas, nos vamos a casa! »

Salieron afuera... y tres minutos después estaban de regreso en los sótanos.

«Ya veo que habéis cambiado de parecer», les dijo el Maestro con una sonrisa.

«Sí», dijo uno de ellos bastante molesto, «ha empezado a llover».

« ¡Qué alegre parece el Maestro! », observó un visitante.

«Uno siempre camina con paso alegre cuando se ha librado de esa carga que llamamos 'ego'», dijo un discípulo.

Le preguntaron al Maestro qué pensaba él de los avances de la tecnología moderna. Y ésta fue su respuesta:

Un profesor bastante distraído llegaba tarde a dar su clase. Saltó dentro de un taxi y gritó:
« ¡Deprisa!
¡A toda velocidad!»

Mientras el taxista cumplía la orden, el profesor cayó en la cuenta de que no le había dicho adónde tenía que ir.

De modo que volvió a gritarle: « ¿Sabe usted adónde quiero ir?»

«No, señor», dijo el taxista, «pero conduzco lo más rápido que puedo».

Un gran número de amigos y de antiguos discípulos se reunieron para celebrar el noventa cumpleaños del Maestro.

Antes de que concluyera la fiesta, el Maestro se levantó para hablar:

«La vida», dijo, «no se mide por la cantidad, sino por la calidad de los años que se viven».

El Maestro y sus discípulos se habían unido a una manifestación para protestar contra la fabricación de armas nucleares por parte del Gobierno.

Cuando se acogió con grandes aplausos la afirmación de uno de los oradores -« ¡Las bombas matan a las personas! »-, el Maestro hizo un gesto de desaprobación y dijo entre dientes: «No es cierto. Las *personas* matan a las personas».

Pero, al darse cuenta de que había sido oído por un individuo que se encontraba a su lado, se inclinó hacia él y le dijo: «Bueno, lo que quería decir es que las *ideas* matan a las personas».

El Maestro se aseguraba de que la biblioteca del monasterio estuviera bien provista de libros sobre toda clase de materias: *Política, Arquitectura, Filosofía, Poesía, Agricultura, Historia, Ciencia, Psicología, Arte...* y la sección que él más frecuentaba: *Ficción*.

Siempre estaba con el mismo estribillo:

« ¡Dios nos libre de las personas que *no piensan, no piensan y no piensan!*»

Y nada le inspiraba tanto miedo, según decía él mismo, como la mente «de piñón fijo» o el fanático de un solo libro.

Lo cual desconcertaba a los discípulos, porque no cuadraba muy bien con la insistencia con que el Maestro preconizaba la *percepción no-racional* y el *conocimiento no-conceptual*.

Cuando alguien le preguntó abiertamente a este respecto, el Maestro dio esta ambigua respuesta: «Un clavo saca otro clavo, ¿o no?»

El Maestro había colocado en la biblioteca del monasterio un gran letrero con una calavera y dos huesos cruzados y la siguiente leyenda: *Los libros matan*.

Cuando alguien le preguntó el porqué, el Maestro dijo:

«Porque los libros engendran ideas, y éstas pueden degenerar en creencias, originando una esclerotización de la mente y una percepción deformada de la *realidad*».

Un discípulo se quejaba de la costumbre que tenía el Maestro de echarle abajo sus máspreciadas creencias.

Y le dijo el Maestro:

«Lo que hago es prenderle fuego al templo de tus creencias para que, cuando haya quedado destruido, tengas una perfecta visión del cielo inmenso y sin límites».

El Maestro se encontró con un vecino muy anciano que caminaba arrastrando los pies y con un bastón en la mano.

«Buenos días», le dijo. « ¿Qué tal vamos últimamente?»

«No demasiado bien», respondió el anciano con un hilillo de voz. «Antes solía dar una vuelta a la manzana antes de desayunar, pero ahora me encuentro tan débil que sólo puedo llegar hasta la mitad y regresar por el mismo camino. . . »

El Maestro acentuaba la preeminencia del conocimiento sobre el culto.

«Pero ¿no debemos depender de Dios?», le preguntaron.

«El amante», dijo el Maestro, «desea el bien del amado; lo cual requiere, entre otras cosas, que el amado se libere del amante».

Más tarde referiría un diálogo imaginario entre Dios y un devoto suyo:

Devoto: « ¡Dios mío, por favor, no me abandones. . .!»

Dios: «Si me voy, es para que pueda venir el Espíritu Santo».

Devoto: « ¿Y qué es eso del Espíritu Santo?»

Dios: «La intrepidez y la libertad que provienen de la no-dependencia».

El Maestro contó en cierta ocasión el caso de un labrador obsesionado por adquirir tierras.

«Me gustaría tener más tierras», le dijo un día al Maestro.

« ¿Para qué?», preguntó éste. « ¿No tienes ya suficientes?»

«Si tuviera más tierras, podría criar más vacas».

« ¿Y qué harías con ellas?»

«Venderlas y hacer dinero».

« ¿Para qué?»

«Para comprar más tierras y criar muchas más vacas. . . »

El predicador no compartía la opinión del Maestro acerca de nuestra dependencia de Dios.

«Dios es nuestro Padre», decía, «y nunca dejamos de estar necesitados de su ayuda».

«Cuando un padre ayuda a su hijo pequeño», dijo el Maestro, «todo el mundo sonríe; cuando ayuda a su hijo ya crecido, todo el mundo llora».

El Maestro tenía una opinión muy definida sobre la planificación familiar, y a quienes afirmaban que el número de hijos era un problema que afectaba sólo a los padres o, a lo más, asunto interno de un país, les contaba la siguiente parábola:

Érase un país donde se permitió que cada cual fabricara o adquiriera sus propias bombas nucleares (unas bombas, eso sí, del tamaño de una granada, pero lo bastante potentes como para destruir una ciudad entera).

Se produjo entonces un fuerte debate acerca del derecho de los ciudadanos a poseer tales explosivos, y se llegó a la siguiente solución de compromiso: no se permitiría a nadie llevar una bomba nuclear en público sin permiso; pero lo que la gente hiciera en su casa era de su exclusiva incumbencia.

Alguien le habló al Maestro del extraordinario éxito que estaba teniendo una revista dedicada a temas de sexualidad.

« ¡Mal asunto...!», fue el comentario del Maestro. «Del sexo, como de la Realidad, puede decirse que, cuanto más lees sobre él, menos lo conoces...»

Y luego añadiría: «... y menos lo disfrutas».

«El mundo moderno está padeciendo de una creciente anorexia sexual», dijo el psiquiatra.

« ¿Y eso qué es?», preguntó el Maestro.

«Pérdida del apetito sexual».

« ¡Eso es terrible!», dijo el Maestro.

« ¿Y cómo se cura ?»

«No lo sabemos. ¿Lo sabes tú?»

«Creo que sí».

« ¿Cómo ?»

«Haciendo que el sexo vuelva a ser pecado», dijo el Maestro con una maliciosa sonrisa.

Aunque el Maestro no se oponía a la práctica de la psicoterapia, e incluso afirmaba que era necesaria para algunas personas, para nadie era un secreto que, en su opinión, lo único que hace el psicoterapeuta es proporcionar una ayuda, pero no resuelve realmente el problema, sino que se limita a cambiarlo por otro problema menos incómodo.

Y solía referir cómo, viajando en un autobús después de la Guerra, todo el mundo parecía intrigado por un pesado objeto, envuelto en papel de periódico, que un pasajero llevaba sobre sus rodillas.

« ¿Qué es eso que lleva usted sobre sus rodillas?», le preguntó el conductor.

«Una bomba sin estallar. He pensado que debía llevarla a los bomberos. . . »

« ¡Pero, hombre, por Dios! ¡No puede usted llevar semejante cosa sobre las rodillas! ¡Póngala debajo de su asiento!»

Cuando se celebraban elecciones, el Maestro solía ser el primero en acudir al colegio electoral.

Nunca pudo comprender por qué algunos discípulos renunciaban a ejercer su derecho al voto.

«La gente está dispuesta a pagar impuestos y a derramar su sangre por la democracia», decía. «Pero ¿por qué no se toma la molestia de votar y hacer que funcione?»

A propósito del modo en que unas personas miran a otras, el Maestro refirió un día el siguiente episodio personal:

Poco después de casarse, había vivido durante una temporada en el décimo piso de un edificio de apartamentos. Un día, cuando su joven mujer salió de la ducha para coger una toalla, vio que al otro lado de la ventana estaba mirándola fijamente el encargado de limpiar los cristales del edificio. Ella se quedó como clavada al suelo, incapaz de mover un solo músculo, debido a la sorpresa.

Al cabo de un minuto, el individuo rompió el hechizo: « ¿Qué pasa, señora? ¿Nunca había visto a un limpia-ventanas?»

Cuando al Maestro le nació su primer hijo, no parecía cansarse nunca de contemplar a la criatura.

« ¿Qué quieres que sea el niño cuando sea mayor?», le preguntaron.

«Escandalosamente feliz», respondió el Maestro.

« ¡Dame la enhorabuena! »

« ¿Por qué? »

« Porque al fin he encontrado un trabajo que ofrece unas excelentes perspectivas de ascenso ».

El Maestro dijo en tono pesimista: « Ayer eras un sonámbulo, y hoy sigues siéndolo. Y lo serás hasta el día en que te mueras. ¿De qué ascenso hablas? »

« Hablo de un ascenso económico, no de un ascenso espiritual. . . »

« Ya veo. . . un sonámbulo con una cuenta corriente que no es capaz de disfrutar por no estar despierto ».

«La Iluminación», dijo el Maestro cuando le preguntaron por ella, «es un despertar».

«Ahora mismo estáis dormidos y no lo sabéis».

Y les contó el caso de aquella mujer recién casada que se quejaba de que su marido bebía en exceso.

«Y si sabías que bebía, ¿por qué te casaste con él?», le preguntaron.

« ¡Yo no tenía ni idea de que bebía», dijo la mujer, «hasta que una noche llegó a casa sobrio!»

Jesús puso a las aves del cielo y a las flores del campo como modelos a imitar por los humanos. Y lo mismo hacía el Maestro, que hablaba muchas veces de la carta que recibió un día de un vecino rico y que decía así:

«Estimado señor:

La presente es para hablarle de la piscina para los pájaros que doné para el jardín del monasterio. Deseo comunicarle que dicha piscina no debe ser usada por los gorriones».

Un visitante trataba de explicar al Maestro cómo era su religión:

«Nosotros creemos que somos el pueblo elegido de Dios».

«¿Y qué significa eso?», preguntó el Maestro.

«Que Dios nos ha escogido entre todos los pueblos de la Tierra».

«Creo poder adivinar», dijo el Maestro con su peculiar humor, «cuál fue, de entre todos los pueblos de la Tierra, el que hizo tal descubrimiento».

«Permíteme explicarte la Buena Noticia que mi religión proclama», dijo el predicador.

El Maestro era todo oídos.

«Dios es amor, y nos ama y nos recompensa eternamente si cumplimos sus mandamientos».

«¿Sí...?¹», dijo el Maestro.

«Entonces esa noticia no es tan buena, ¿no crees?»

A la oficina de Correos llegó un paquete tan mal envuelto que se abrió de golpe, esparciéndose por el suelo su contenido: unas preciosas biblias encuadrernadas en piel y con los cantos dorados.

Un empleado no pudo resistir la tentación y se quedó con una.

Cuando, más tarde, se lo confesó al Maestro, éste le preguntó: « ¿Qué diablos te hizo robar una Biblia ?»

«Mi temperamento religioso», respondió el otro, compungido.

«Algunas personas afirman que no hay vida después de la muerte», dijo un discípulo.

«Ah, ¿sí?», dijo el Maestro como tratando de eludir el tema.

« ¿No sería espantoso morir. . . y no volver a ver ni a oír ni a amar nunca más?»

« ¿Eso te parece espantoso?», dijo el Maestro. « ¡Pero si es así como vive la mayoría de la gente hasta que muere. . .! »

Un discípulo decidió mostrarse más agresivo y directo:

« ¿Crees tú que hay vida después de la muerte?», preguntó.

«Me extraña que insistáis tanto en ese tema», dijo el Maestro.

« ¿Y por qué te extraña?»

«Tenéis ahí, ante vosotros, este espléndido día de primavera», dijo el Maestro, señalando con un gesto la ventana, «y os comportáis como el niño que se niega a comer hoy porque no sabe qué le traerá el mañana... ¿Tenéis hambre? ¡Comed vuestro pan de cada día!»

El Maestro, para divertir a sus visitantes, contaba a veces historias del inefable «mullah» Nasruddin:

Una noche, Nasruddin no paraba de dar vueltas en la cama. « ¿Qué te pasa?», le preguntó su mujer. « ¿Por qué no te duermes?»

Nasruddin le confesó que no tenía las siete monedas de plata que debía pagarle al día siguiente a su vecino Abdullah, lo cual le preocupaba tanto que le impedía dormir.

Su mujer se levantó, se echó encima una bata, salió a la calle y se puso a llamar a gritos a Abdullah, hasta que éste se asomó a la ventana, frotándose los ojos de sueño, y preguntó:

« ¿Quién me llama? ¿Qué diablos ocurre?»

La mujer le dijo: «Sólo quiero que sepas que no vas a cobrar mañana tus siete monedas de plata, porque mi marido no las tiene».

Dicho lo cual, la mujer regresó a casa y le dijo a su marido: «Duérmete, Nasruddin. Ahora, que se preocupe Abdullah».

El Maestro concluyó: «Si uno tiene que pagar, ¿por qué han de preocuparse todos?»

Para proteger sus sembrados, los agricultores habían matado un número incontable de pájaros. Al ver los cuerpos muertos de éstos esparcidos por todas partes, un discípulo evocó las palabras de Jesús -«Ni uno de esos pájaros cae en tierra sin consentimiento de vuestro Padre» y preguntó al Maestro si tales palabras tenían algún sentido.

«Claro que sí», dijo el Maestro; «pero esas palabras sólo revelan toda su belleza interior si se ven sobre el trasfondo de esos pájaros que se reproducen por millones y luego son matados como moscas».

« ¿Qué es, concretamente, la Iluminación?»

«Ver la realidad tal como es».

« ¿Y ve todo el mundo la realidad tal como es ?»

«Por supuesto que no. La mayoría de las personas ven la realidad tal como ellas piensan que es».

« ¿Y cuál es la diferencia ?»

«La misma que hay entre pensar que estás ahogándote en un mar embravecido. . . y saber que no puedes ahogarte, porque no hay agua en muchos kilómetros a la redonda».

Un psiquiatra fue a ver al Maestro y le preguntó:

« ¿Qué hace usted con las personas neuróticas?»

«Liberarlas», respondió el Maestro.

«Pero ¿cómo lo hace?»

«En lugar de resolver su problema, disuelvo el 'ego' que lo ha originado».

« ¿Y cómo podría hacerlo yo?»

«Librándote de la prisión de tus pensamientos y accediendo al mundo de los sentidos», replicó el Maestro.

Cuando el predicador volvió sobre el tema de la Buena Noticia, el Maestro le interrumpió:

« ¿Qué clase de Buena Noticia es esa», preguntó, «que hace tan fácil ir al infierno y tan difícil ganar el cielo?»

Para ilustrar el hecho de que no hay símbolos realmente apropiados para referirse a Dios, el Maestro refirió lo que le había ocurrido a su mujer mientras conducía su automóvil por una calle de la ciudad atestada de tráfico.

Cuando tuvo la desgracia de chocar con otro automóvil que venía en dirección opuesta, el conductor de éste bajó el cristal de su ventanilla y le gritó a la mujer: « ¡Señora!, ¿por qué no ha señalado usted lo que quería hacer?»

«Porque no hay señal para indicar lo que yo quería hacer», respondió ella en tono desafiante.

Un día, el Maestro miró al predicador sentado frente a él, seguro de sus creencias, satisfecho de sus buenas obras, y le dijo:

«Amigo mío, a veces tengo la sensación de que, cuando mueras, lo harás sin haber vivido nunca, como si la vida hubiera pasado de largo junto a ti».

Y, como si se le ocurriera de pronto, añadió: «Aunque, bien pensado, es algo todavía peor: la vida y tú habéis ido en direcciones opuestas».

El Maestro no era ajeno, ciertamente, a cuanto ocurría en el mundo.

Cuando le pidieron que explicara uno de sus aforismos preferidos, «No hay nada bueno ni malo; es el pensamiento el que lo determina», esto fue lo que dijo:

« ¿No habéis observado que lo que la gente llama 'congestión' en un tren, se convierte en 'ambiente' en una discoteca ?»

Y para ilustrar el mismo aforismo contó un día cómo, siendo niño, había oído a su padre, un famoso político, criticar severamente a un miembro de su partido que se había pasado al partido contrario.

«Pero, padre, si el otro día no hacías más que elogiar a un hombre que había dejado el partido contrario para pasarse al tuyo. . .»

«Verás, hijo, tienes que aprender cuanto antes esta importantísima verdad: los que se pasan al otro partido son traidores; los que se pasan al nuestro son conversos».

«En el país de la Iluminación, el aprendizaje es de tan poca utilidad como las estacas en la guerra moderna. Lo que allí se requiere es conocimiento», dijo el Maestro.

Y contó a continuación el caso de una discípula suya que, tras contratar como empleada doméstica a una refugiada letona, descubrió consternada que la muchacha no sabía manejar una aspiradora, ni una batidora, ni una lavadora. . .

« ¿Qué sabe usted hacer?», le preguntó desesperada.

La muchacha sonrió ufana y dijo: «Sé ordeñar renos».

« ¿Cuánto tiempo me llevará resolver mi problema?»

«Ni un minuto más de lo que tardes en comprenderlo», dijo el Maestro.

El predicador era un hombre poco común. La gente temblaba al verlo. No se reía nunca, y era inflexible en lo referente a sus prácticas ascéticas, porque creía en el sufrimiento auto infligido, y era conocido por sus frecuentes ayunos y por su pobreza en el vestir, verdaderamente llamativa en invierno.

Un día le confió al Maestro un íntimo dolor: «He llevado una vida de abnegación y he sido fiel a los preceptos de mi religión, pero hay algo que se me escapa y que no consigo saber lo que es. Quizá lo sepas tú. . .»

El Maestro le miró con una cierta dureza y le dijo: «Sí, lo sé: el alma».

He aquí un cuento que el Maestro contó a un filósofo que quiso saber por qué la inteligencia podía ser un obstáculo para alcanzar la Iluminación:

Érase un avión en el que iban sólo tres pasajeros: un famoso científico, un *boy scout* y un obispo. El avión sufrió una avería, y el piloto anunció que él se largaba, pero que únicamente había tres paracaídas, y uno era para él: los tres pasajeros deberían decidir quién de ellos debía quedarse.

Dijo entonces el científico: «Puesto que yo soy un hombre necesario para el país, supongo que uno de los paracaídas ha de ser para mí». Dicho lo cual, agarró uno y saltó afuera.

El obispo miró al *boy scout* y le dijo:

«Hijo mío, yo ya he vivido mucho, por lo que creo que lo más lógico es que el paracaídista restante sea para ti. No me importa morir».

«No será necesario, señor obispo», dijo el *boy scout*. «Todavía quedan dos paracaídas, porque ese tipo ha saltado con mi mochila».

Y añadió el Maestro: «De ordinario, la inteligencia no da cabida al conocimiento».

Los visitantes quedaban siempre impresionados por la calma con que el Maestro se comportaba.

«Sencillamente», decía él, «no tengo tiempo para tener prisa».

« ¿No vas a deseamos una feliz Navidad?»

El Maestro echó un vistazo al calendario, vio que era jueves y dijo: «Prefiero deseáros un feliz jueves».

Aquello ofendió a los cristianos que había en el monasterio, hasta que el Maestro se explicó: «Son millones los que van a disfrutar, no el día de hoy, sino la Navidad; por eso su gozo es efímero. Pero, para aquellos que han aprendido a disfrutar el hoy, todos los días son Navidad».

A un grupo de activistas sociales que habían acudido a él para que bendijera un plan que estaban a punto de ejecutar, les dijo el Maestro:

«Me temo que lo que necesitáis es luz, no acción».

Y más tarde lo explicaría: «Combatir el mal con la actividad es como combatir la oscuridad con las manos. Lo que necesitáis es luz, no lucha».

Era absolutamente imposible conseguir que el Maestro se tomara en serio la idea de patriotismo o de nacionalismo.

En cierta ocasión contó el caso de un inglés que había sido duramente censurado por adoptar la nacionalidad norteamericana: « ¿Qué has conseguido con hacerte americano?», le preguntaron.

«Bueno», respondió él, «en primer lugar, ganar la Revolución Americana».

Un día, el Maestro dio una conferencia sobre *El peligro de la religión*, en la que, entre otras cosas, afirmó que las personas religiosas emplean con demasiada facilidad a Dios para encubrir su propia pequeñez y egoísmo.

Aquello provocó una enérgica réplica por parte de un centenar de dirigentes religiosos, que escribieron sendos artículos, con los que hicieron un libro, para refutar las palabras del Maestro.

Cuando éste vio el libro, se sonrió y dijo: «Si lo que he dicho no es cierto, habría bastado con un solo artículo».

Después de pronunciar un encendido discurso en un mitin político, un discípulo le preguntó al Maestro qué le había parecido.

«Si lo que has dicho era verdad», le dijo el Maestro, « ¿qué necesidad tenías de gritar tanto?»

Más tarde diría a los discípulos:

«Le hace más daño a la Verdad el ardor de sus defensores que los ataques de sus enemigos».

En cierta ocasión, el Maestro puso en evidencia a sus discípulos sirviéndose de la siguiente estratagema:

Entregó a cada uno una hoja de papel y les pidió que hicieran constar en ella la longitud exacta de la sala en la que se encontraban.

Casi todos ellos escribieron cifras en torno a los cinco metros. Dos o tres de ellos añadieron además la palabra: «aproximadamente».

El Maestro les dijo: «Ninguno ha dado la respuesta correcta».

«¿Y cuál es la respuesta correcta?», le preguntaron.

«La respuesta correcta», dijo el Maestro, «es: *No lo sé*».

El Maestro deploraba los males que acarreaba la competitividad.

« ¿Acaso el competir no hace aflorar lo mejor que hay en nosotros?», le preguntaron.

«Todo lo contrario: hace aflorar o peor, porque te enseña a odiar».

« ¿Odiar. . . qué?»

«Odiarte a ti mismo, por permitir que tu actividad venga determinada por tu competidor, no por tus propias necesidades y limitaciones; y odiar a los demás, porque lo que buscas es triunfar a su costa».

« ¡Pero eso suena a una especie de *réquiem* por el cambio y el progreso!», protestó alguien.

«El único progreso que hay», dijo el Maestro, «es el progreso del amor, y el único cambio digno de producirse es el cambio del corazón».

« ¿Por qué son más los que no alcanzan la Iluminación?», le preguntaron al Maestro.

«Porque consideran como una pérdida lo que en realidad es una ganancia».

Entonces refirió el Maestro el caso de un conocido suyo que se había dedicado al comercio y había conseguido que los clientes acudieran en masa a su establecimiento.

Cuando el Maestro le felicitó por lo bien que lo estaba haciendo, el otro le replicó con tristeza: «Seamos realistas, amigo. Fíjese en las puertas del comercio: si la gente sigue acudiendo de ese modo y sigue empujando tantas veces las puertas, pronto tendremos que cambiar las bisagras».

A un comerciante que había conseguido huir de la penuria y ganar mucho dinero, le dijo el Maestro:

«Érase una vez un hombre que tenía miedo de sus huellas. De modo que, en lugar de caminar, se puso a correr, con lo que únicamente consiguió aumentar el número de sus huellas. Lo que tendría que haber hecho era detenerse».

« ¡Mi sufrimiento es insoportable! », dijo alguien.

Y le replicó el Maestro: «El momento presente nunca es insoportable. Lo que te hace desesperar es lo que piensas que va a suceder en los próximos cinco minutos o en los próximos cinco días. ¡Deja de vivir en el futuro! ».

Cuando le preguntaron qué clase de funeral le gustaría tener, el Maestro dijo:

Dejad mi cuerpo en un lugar desierto y no os molestéis en enterrarlo, para que la tierra y el cielo sean mi ataúd, la luna y las estrellas mis cirios fúnebres, y toda la creación mi corona de flores».

«Nosotros habíamos pensado incinerar tu cadáver... », dijeron los discípulos.

«Eso sería demasiado engoroso», dijo el Maestro. «Además, ¿por qué privar de un banquete fúnebre a los buitres y a los gusanos?»

Cuando alguien anunció que había obtenido el doctorado en Teología, el Maestro, que era un verdadero guasón, dijo con aire inocente:

« ¿Doctor en *teología*? ¿Qué enfermedad es ésa?»

Todo el mundo sabía perfectamente que el Maestro tenía sus reservas contra la palabra «teología», tal como ésta suele ser entendida.

Cuando le preguntaron abiertamente la razón de ello, respondió:

«La teología se ha convertido en un mal, porque no es tanto una búsqueda de la Verdad cuanto un intento de mantener un sistema de creencias».

El Maestro afirmaba que la lealtad de los teólogos a sus sistemas de creencias les hacía demasiado propensos a hacer la vista gorda ante la verdad. . . y a rechazar al Mesías cuando éste aparecía.

En cuanto a los filósofos, gozaban para él de una mejor opinión, porque, al no tener el lastre de unas creencias, su búsqueda era más libre y más abierta.

Pero, por desgracia, incluso la filosofía era limitada, porque se apoyaba en palabras y conceptos para penetrar una Realidad que únicamente era perceptible para una mente no conceptualizadora.

«La filosofía», observó una vez, «es un mal que sólo se cura con la Iluminación, que es la que da paso a las parábolas y al silencio».

« ¿Por qué es tan difícil para un rico entrar en el Reino de los cielos?»

En respuesta, el Maestro contó el caso de un hombre que llegó a un hotel en su automóvil y fue conducido a su habitación en una camilla. El director del hotel, pensando que el cliente estaba paralítico, le preguntó a su mujer qué le había pasado. Y la mujer le respondió:

«No le pasa nada. Simplemente, es un hombre muy rico y no tiene necesidad de andar».

Los discípulos le comunicaron al Maestro el epitafio que habían pensado para él:

«Era más fácil vivir sin temor cuando estaba él».

Y el Maestro les dijo: Si tenéis necesidad de mí para vivir sin temor, entonces mi presencia no sirve más que para ocultar vuestra cobardía, no para curarla».

El Gobernador anunció que iba a ir al monasterio para visitar su jardín, cubierto de exóticas rosas.

Cuando llegó, descubrió que no había más que una rosa. Al enterarse de que había sido el Maestro quien había hecho cortar todas las demás, quiso saber por qué había obrado de aquel modo.

Y el Maestro le dijo: «Porque, si hubiera dejado todas las rosas, tú no habrías visto ni siquiera una».

Y, tras una breve pausa, añadió: «Tú estás acostumbrado a las multitudes, mi querido amigo. Pero ¿puedes decirme cuándo has visto por última vez a una persona?»

« ¿Qué debo *hacer* para llegar a la divinidad?»

«La divinidad no es algo a lo que se pueda llegar *haciendo*, sino algo que se comprende viendo».

« ¿Cuál es, entonces, la función del hacer?»

«Expresar la divinidad, no llegar a ella».

El Maestro ilustraba del siguiente modo la actitud actual de las naciones ricas:

Un hombre es despertado por los codazos de su mujer:
«Levántate y cierra la ventana; está helando ahí fuera».

El hombre lanza un suspiro y dice: « ¡Por Dios bendito! Si cierro la ventana, ¿va a dejar de helar?»

El Maestro sólo permitía a los discípulos vivir con él durante un período limitado de tiempo; luego los despedía para que se las apañaran por su cuenta.

Cuando un recién llegado preguntó a un discípulo la razón de semejante actitud por parte del Maestro, recibió esta respuesta:

«El Maestro es un espejo que refleja la realidad ya ti mismo. Una vez que has visto la realidad, debes desechar el espejo, no sea que, por culpa de tu veneración por él, se convierta en pantalla».

« ¿Cómo puedo cambiarme a mí mismo?»

«Tú eres tú mismo; consiguientemente, *tú* no puedes cambiarte a *ti mismo*, de la misma manera que tampoco puedes alejarte de tus pies».

« ¿No tengo, pues, nada que hacer?»

«Puedes comprenderlo y aceptarlo».

«Pero ¿cómo voy a cambiar si me acepto a mí mismo ?».

« ¿Y cómo vas a cambiar si no lo haces? Lo que no aceptas no puedes *cambiarlo*; simplemente, te las ingenias para *reprimirlo*».

A una mujer que no hacía más que hablar de las excelencias del amor, le contó el Maestro esta historia del «mullah» Nasruddin:

Estaba la mujer de Nasruddin agonizando, y el hombre intentaba consolarla como podía.

En un determinado momento, la mujer abrió los ojos y dijo: «Estoy segura de que ésta será mi última noche y de que no volveré a ver el sol. ¿Qué vas a hacer cuando me muera, Nasruddin?».

« ¿Qué qué voy a hacer? ¡Volverme loco!».

A pesar de la gravedad de su estado, la mujer no pudo reprimir una sonrisa: « ¡Ah, farsante! », le dijo. «Te conozco, y sé que antes de un mes te habrás vuelto a casar...»

« ¿Qué estás diciendo? », dijo Nasruddin indignado. « ¡Una cosa es que me vuelva loco, y otra que me vuelva idiota de remate! ».

« ¿Por qué hago el mal ?»

«Porque estás hechizado».

« ¿Hechizado por quién?»

«Por esa cosa ilusoria que llamas tu 'yo'».

« ¿Y cómo puede cesar el mal?»

«Comprendiendo que el yo, tal como tú lo conoces, no existe y no necesita, por tanto, ser protegido».

« ¿Cuál es la causa del mal?»

«La ignorancia», dijo el Maestro.

« ¿Y cómo puede disiparse?»

«No a base de esfuerzo, sino de luz; no a base de acción, sino de entendimiento».

Más tarde añadiría el Maestro:

«La señal de la Iluminación es la paz. Dejarás de huir cuando comprendas que únicamente te persiguen las fantasías que tus sueños han creado».

El Maestro no se hacía ilusiones acerca de lo que la gente suele llamar «amor». Y solía recordar una conversación que había oído, en sus años jóvenes, entre un político y un amigo suyo:

« ¿Ya sabes que nuestro vice-presidente piensa enfrentarse a ti en las elecciones ?»

« ¡Ese canalla...! Pero no me da miedo. Todo el mundo sabe que, si no ha ido a la cárcel, es únicamente por sus influencias políticas».

«Pues eso no es todo: también nuestro secretario piensa anunciar su candidatura... »

« ¡Cómo! ¿No tiene miedo de que le procesen por malversación de fondos?»

« ¡Cálmate, hombre! Estoy bromeando... De hecho, acabo de estar con los dos, y ambos piensan colaborar en tu campaña».

« ¡Estarás contento...! ¡Me has hecho decir cosas horribles de dos de las mejores personas de nuestro partido!»

« ¿Por qué no aconsejas nunca el arrepentimiento?», preguntó el predicador.

« ¡Pero si no enseño otra cosa...!», replicó el Maestro.

« ¡Pues yo nunca te he oído hablar del dolor por los pecados!»

«El arrepentimiento no consiste en afligirse por el pasado. El pasado ha muerto y no merece un solo momento de aflicción. Arrepentirse es cambiar de mente; es ver la realidad de un modo radicalmente distinto».

El filósofo obsequió al Maestro con una interminable disquisición sobre la «realidad objetiva».

Cuando concluyó, dijo el Maestro:

«Lo que tú conoces no es la realidad, sino la percepción que tienes de ella. Y lo que experimentas no es el mundo, sino tu propio estado de ánimo».

«Entonces, ¿es que la realidad no puede ser captada ?»

«Sí... Pero sólo por los que van más allá de sus pensamientos».

« ¿Y qué clase de personas son éas?»

«Las que se han liberado de ese gran protector que llamamos el 'yo'; porque, cuando el yo desaparece, cesa también la protección. y se ve el mundo en su desnuda belleza».

Cuando el Maestro oía decir a alguien: «Me gustaría mucho más mi mujer si fuese de otra manera», solía contar lo que le ocurrió a él un día mientras contemplaba una puesta de sol en el mar.

« ¿No es precioso?», le dijo entusiasmado a una pasajera que se encontraba junto a él apoyada en la barandilla.

«Sí», dijo de mala gana la mujer. «Pero ¿no cree usted que estaría mejor con un poco más de rosa a la izquierda ?»

«Todo el mundo», dijo el Maestro, «te resulta encantador cuando prescindes de las expectativas que te habías forjado sobre cómo deberían ser».

«Me enorgullezco de saber juzgar el carácter de los demás».

« ¿Es eso algo de lo que realmente se pueda estar orgulloso?», preguntó el Maestro.

« ¿Acaso no lo es?»

«No. Hay un defecto que es común al juez bueno y al malo: que tanto el uno como el otro juzgan».

«Lo que más me deprime es la absoluta vulgaridad de mi existencia. Jamás en la vida he hecho nada tan importante como para merecer la atención del mundo».

«Te equivocas si piensas que es la atención del mundo lo que hace que una acción sea importante», dijo el Maestro.

Siguió una larga pausa.

«Bueno, pero es que tampoco he hecho nada que haya influido en alguien, ni para bien ni para mal.»

«Te equivocas si piensas que es el influir en los demás lo que hace que una acción sea importante», volvió a decir el Maestro.

«Pero, entonces, ¿qué es lo que hace que una acción sea importante?»

«El realizarla por sí misma y poniendo en ello todo el propio ser. Entonces resulta ser una acción desinteresada, semejante a la actividad de Dios».

Cuando uno de los discípulos cometió una grave equivocación, todos esperaban que el Maestro le aplicara un castigo ejemplar.

Pero cuando, transcurrido un mes, vieron que no pasaba nada, uno de los discípulos le manifestó al Maestro su desacuerdo: «No podemos ignorar lo sucedido. A fin de cuentas, Dios nos ha dado ojos... »

«Sí», replicó el Maestro, «y también párpados».

« ¿Por qué, cuando predicas, insistes tanto en el valor del sufrimiento?», preguntó el Maestro.

«Porque el sufrimiento nos enseña a afrontar todo cuanto la vida pueda acarrearnos», respondió el predicador.

A lo cual el Maestro no replicó nada.

Más tarde, un discípulo le preguntó: « ¿Qué es exactamente lo que el sufrimiento nos enseña a afrontar?»,

Y el Maestro respondió sonriendo: «Supongo que más sufrimiento».

« ¿No sirve el sufrimiento para templar a la persona?»

«No es el sufrimiento lo que importa, sino el temperamento de la persona; porque el sufrimiento puede dulcificar a la persona, pero también puede amargarla, del mismo modo que el fuego del alfarero puede carbonizar la arcilla o, por el contrario, darle temple».

Cuando le preguntaron por qué nunca discutía con nadie, el Maestro contó la historia de un viejo herrero, el cual le confió a un amigo que su padre, herrero como él, siempre había querido que su hijo siguiera su misma profesión, mientras que la madre abrigaba la ilusión de que su hijo fuera dentista. « ¿Y quieres que te diga una cosa?: estoy encantado de que mi padre se saliera con la suya, porque, si hubiera sido dentista, me habría muerto de hambre. Y puedo demostrártelo».

« ¿Cómo?», preguntó el amigo.

«He estado en esta herrería durante treinta años, y en todo ese tiempo ni una sola vez me ha pedido nadie que le sacara una muela».

«Esta misma es --concluyó el Maestro-- la lógica que subyace a las discusiones. Cuando ves algo con claridad, ya no tienes necesidad de lógica alguna».

«¿Por qué estás siempre rezando?», preguntó el Maestro.

«Porque la oración alivia mi mente de una enorme carga».

«Desgraciadamente, eso es lo que la oración suele hacer...»

« ¿Y qué tiene de malo?»

«En primer lugar, que te impide ver quién puso allí esa carga», dijo el Maestro.

«Escucháis», dijo el Maestro, «no para descubrir nada nuevo, sino para dar con algo que confirme lo que pensáis. Discutís, no para hallar la verdad, sino para defender vuestra manera de pensar».

Y contó la historia de aquel rey que, al pasar por una pequeña ciudad, vio que por todas partes había señales de la presencia en ella de alguien dotado de una asombrosa puntería: en árboles, vallas y paredes había infinidad de dianas con un agujero de bala en el mismísimo centro. Cuando quiso que le presentaran a tan extraordinario tirador, éste resultó ser un muchacho de diez años.

«¡Es increíble!», dijo el rey asombrado. «¿Cómo demonios lo haces?»

«Es muy fácil, Majestad», le respondió. «Primero disparo, y luego dibujo la diana».

«Lo mismo hacéis vosotros: primero sacáis vuestras conclusiones, y luego construís en torno a ellas vuestras premisas», dijo el Maestro. «¿Acaso no es así cómo os las ingeniaís para aferraros a vuestra religión o a vuestra ideología?»

Al Maestro le hacían mucha gracia las exageradas pretensiones de la ciencia moderna de poder transformar el Universo.

«Cuando entren en conflicto la voluntad humana y la naturaleza, apoyad a ésta», solía decir.

« ¿Pero es que no podemos cambiar nada en el Universo.?»

«No, mientras no hayamos aprendido a someternos a él».

Siempre que el predicador mencionaba a Dios, el Maestro decía: «No metas a Dios en esto».

Pero, un día, el predicador ya no pudo seguir soportándolo: « ¡Siempre había sospechado que eras un ateo! », gritó. « ¿Por qué no debo meter a Dios en esto? ... ¿Por qué? »

Y el Maestro le contó la siguiente historia:

Un sacerdote acudió a consolar a una viuda por la muerte de su marido.

« ¿Ha visto lo que me ha hecho su Dios ? », vociferó la mujer.

«A Dios no le agrada la muerte, hija mía», replicó el clérigo, «sino que le resulta tan lamentable como a ti».

«Entonces, ¿por qué la permite'? »

«No hay forma de saberlo, porque Dios es un Misterio.»

«Entonces, ¿cómo sabe usted que la muerte no le agrada? », preguntó la mujer.

«Bueno..., realmente... digamos que....»

« ¡Cállese! », gritó la viuda. «No meta a Dios en esto, ¿quiere? »

Los activistas estaban muy molestos por el hecho de que el Maestro pensara que tenían necesidad de menos acción y de más luz.

« ¿Luz para ver qué?», preguntaron.

«Para ver de qué va la vida», dijo el Maestro.

« ¡Ya sabemos que la vida hay que vivirla por los demás! », dijeron los activistas. « ¿Qué más luz necesitamos?»

«Necesitáis comprender qué significa la preposición 'por'», dijo el Maestro.

El Maestro le contó otra parábola al predicador:

Un ciempiés acudió a un sabio y viejo búho quejándose de que padecía gota, lo cual le hacía tener fuertes dolores en cada una de sus cien patas. « ¿Qué puedo hacer?», le preguntó.

Tras reflexionar seriamente sobre el asunto, el búho aconsejó al ciempiés que se convirtiera en una ardilla: al tener sólo cuatro patas, le habría desaparecido el noventa y seis por ciento de sus dolores.

El ciempiés le dijo: «Es una idea espléndida. Ahora dime qué puedo hacer para convertirme en ardilla».

« ¡No me fastidies con eso! », dijo el búho. «Lo mío son los principios. . .»

«Ardo en deseos de encontrar algún tipo de fundamento sólido, de base firme, para mi vida. . .»

«Míralo de esta manera», dijo el Maestro: « ¿Cuál es el fundamento sólido de la migración de las aves de un continente a otro? ¿O cuál es la base firme del flujo de los peces hacia el mar a través de los ríos?»

Un activista regresó al monasterio para averiguar de qué clase de luz tenía aún necesidad.

«La luz que todavía necesitas», le dijo el Maestro, «es la que te permita conocer la diferencia entre un amante y un activista. El amante toma parte en una sinfonía».

«¿Y el activista?»

«El activista sólo oye el sonido de su propio tambor», dijo el Maestro.

El Maestro no se cansaba de recordar, a quienes creían ciegamente en sus Escrituras, que la Verdad no puede ser captada ni expresada por una mente conceptualizadora.

Y contaba el caso de un ejecutivo que se quejaba a su secretaria en relación a una nota que ella había escrito para dar cuenta de una llamada telefónica: «No entiendo ni palabra», le dijo.

« Yo tampoco pude entender muy bien al que telefoneaba», dijo ella; «por eso no he podido escribirlo con claridad».

« ¿De veras que no hay nada que podamos hacer para alcanzar la Iluminación?»

«Bueno», dijo el Maestro en tono jovial, «podrías imitar a aquella anciana que empujaba con todas sus fuerzas la pared del vagón para conseguir que el tren corriera más deprisa».

El predicador impugnaba vehementemente la enseñanza del Maestro de que no hay nada que podamos *hacer* para alcanzar la Iluminación.

«Pero ¿acaso no eres tú, y no yo», dijo el Maestro, «quien predica que todo es don de Dios, que todo cuanto hay de bueno en nosotros se lo debemos a Su gracia ?»

«Sí, pero también predico que Dios pide nuestra cooperación».

« ¡Ah, sí! Como aquel tipo que estaba cortando madera y le pidió a su hijo que colaborara con él lanzando resoplidos», dijo el Maestro en tono jocoso.

Lo que más costaba a los recién llegados era adaptarse a la humanidad y la absoluta sencillez del Maestro, el cual disfrutaba demasiado de las cosas buenas de la vida y de los placeres de los sentidos como para encajar en el esquema de lo que ellos consideraban que debía ser un santo.

Cuando uno de ellos lo comentó con un discípulo, éste le respondió:

«Cuando Dios hace de un hombre un Maestro, no deshace al hombre que hay en él».

Un discípulo de talante bastante religioso volvió de nuevo sobre el tema de la Escritura:
« ¿Quieres decir que las Escrituras no pueden darnos ninguna noción de Dios?»

«Cualquier Dios que pueda encerrarse en una noción no es Dios en absoluto. Por eso es por lo que Dios es un Misterio: algo de lo que no tienes ni noción», dijo el Maestro.

«Entonces, ¿qué nos ofrecen las Escrituras?»

En respuesta, el Maestro le refirió cómo, mientras estaba cenando en un restaurante chino, uno de los músicos empezó a tocar una melodía vagamente conocida y cuyo título no podía recordar ninguno de los que estaban cenando con él.

El Maestro llamó entonces a un camarero y le pidió que averiguara qué era lo que estaba tocando el músico. El camarero fue hasta donde estaba la orquesta, regresó a la mesa y dijo con aire triunfal: «El violín, señor».

«Según cuál sea tu percepción, así será tu acción. Lo que hay que cambiar no es la acción, sino la perspectiva».

«¿Y qué debo hacer para cambiarla?»

«Sencillamente, comprender que tu perspectiva actual es defectuosa».

Para ilustrar el axioma que tantas veces repetía -«Veis las cosas como vosotros sois, no como ellas SON»-, el Maestro refirió el caso de un viejo amigo suyo de ochenta años que había llegado al monasterio cubierto de lodo y totalmente empapado.

«Ha sido ese riachuelo que hay a medio kilómetro de aquí», explicó. «Antes, siempre podía saltarlo sin problemas, pero ahora no consigo nunca pasar de la mitad. Y es que no me había dado cuenta de que el riachuelo se ha hecho más ancho».

A lo cual, el Maestro mismo añadió:

«Ahora, cada vez que me agacho para atarme los zapatos, me doy cuenta de que el suelo está más lejos que cuando era Joven».

«Hay una cosa que ni siquiera Dios puede hacer», le dijo el Maestro a un discípulo al que le aterraba la mera posibilidad de ofender a alguien,

«¿Y cuál es?»

«Agradar a todo el mundo», dijo el Maestro.

«Lo que tú necesitas es conciencia», dijo el Maestro a un discípulo con una mentalidad muy religiosa. «Consciencia,. . .Consciencia y conciencia».

«Ya te entiendo: debo intentar ser consciente de la presencia de Dios. . . »

«La conciencia de la presencia de Dios es pura fantasía, porque no tienes ni idea de cómo es Dios. Lo que necesitas es conciencia de ti mismo».

Más tarde, diría: «Si Dios es Amor, entonces la distancia que hay entre Dios y tú ¿no es la misma que hay entre tú y tu conciencia de ti mismo ?».

Cuando alguien insistió en que un problema moral determinado no podía tener más que una única solución *absolutamente* correcta, el Maestro dijo:

«Si una persona duerme en un lugar húmedo, es probable que contraiga lumbago. Pero esto no es aplicable a los peces.

Vivir en un árbol puede ser peligroso y perjudicial para los nervios. Pero esto no es aplicable a los monos.

¿De cuál de los tres grupos -peces, monos y seres humanos- puede decirse que viven en el hábitat *absolutamente* correcto?

Los seres humanos comen carne; los búfalos, hierba; y los árboles se nutren de la tierra
¿Cuál de los tres tiene el sentido del gusto *absolutamente* correcto?».

Un joven describía entusiasmado lo que soñaba poder hacer por los pobres.

« ¿Y cuándo piensas hacer realidad tus sueños?», le preguntó el Maestro.

«Tan pronto como llegue la oportunidad de hacerlo».

«La oportunidad nunca llega», dijo el Maestro. «La oportunidad ya está aquí».

Un hombre rico le contaba una vez al Maestro que, por más que lo intentara, no podía refrenar su deseo compulsivo de ganar dinero.

«¿Ni siquiera a costa de no poder disfrutar de la vida?», preguntó el Maestro.

«Creo que eso tendrá que dejarlo para cuando sea viejo...»

«Si es que vives lo suficiente», le replicó el Maestro, el cual le contó además lo de aquel atracador que le dijo a su víctima: «¡La bolsa o la vida!». Y el otro le contestó: «Quédate con mi vida. La bolsa la guardo para cuando sea Viejo».

A otro hombre muy rico que estaba poniendo en peligro su salud con su afán de ganar dinero, le contó el Maestro el caso del avaro al que llevaban a enterrar.

De pronto, el tipo recobró el conocimiento, se hizo cargo de la situación y tomó una rápida decisión: «Será mejor que me levante, o tendré que pagar la factura del funeral».

«La mayoría de la gente prefiere salvar su dinero antes que su vida», fue la conclusión del Maestro.

Los discípulos se resistían siempre a aceptar del todo la enseñanza del Maestro de que no había que «hacer» nada para cambiar o para alcanzar la Iluminación.

« ¿Qué puedes *hacer* para disipar la oscuridad ?», solía decir. «La oscuridad es la ausencia de luz. El mal es la ausencia de conciencia. ¿Qué se puede *hacer* con una ausencia ?».

«Mis padres me han advertido que tenga cuidado contigo», dijo un recién llegado.

El Maestro sonrió y dijo: «Ten cuidado, querido; ten mucho, mucho cuidado. . ., y correrás la misma suerte que tus prudentes padres: jamás te sucederá nada muy bueno ni muy malo».

«No sé si puedo confiar en ese hombre», dijo un recién llegado al monasterio.

«El Maestro», dijo un discípulo ya experimentado, «no pretende que confiemos ciegamente en sus palabras, sino que nos invita siempre a dudar, a cuestionar y a criticarlo todo».

Luego añadiría: «Lo que yo temo no son las palabras del Maestro, sino su presencia. Sus palabras arrojan luz, pero su presencia te quema».

Cuando alguien expresó el odio que sentía hacia los opresores de su país, el Maestro le dijo:

«Jamás permitas que nadie te arrastre tan abajo que te haga odiarlos».

«Si buscas a Dios, lo que haces es buscar ideas. . . y pasar por alto la realidad», dijo el Maestro.

Y contó el caso de un monje que se quejaba de la celda que le habían dado: «Yo quería una celda desde la que pudiera contemplar las estrellas, pero me han dado una que tiene delante un estúpido árbol que me lo impide. . . »

Sin embargo, fue precisamente mirando aquel árbol como alcanzó la Iluminación el anterior ocupante de la celda.

« ¿Qué os enseña vuestro Maestro?»

«Nada».

«Entonces, ¿qué demonios ofrece?»

«Todo cuanto quieras tomar de su silencio, y de su amor, y de los rayos de las miríadas de soles que brillan en su cielo interior y en toda hoja y toda brizna de hierba».

«Todo el mundo sabe de mi audacia», dijo el Gobernador, «pero confieso que una cosa me da miedo: la muerte. ¿Qué es la muerte?»

« ¿Y cómo puedo saberlo yo?»

« ¡Tú eres un Maestro iluminado. . .!»

«Tal vez. Pero todavía no soy un Maestro muerto».

Un científico le hizo ver al Maestro un documental sobre los logros de la ciencia moderna.

«Hoy podemos regar el desierto», decía exultante el científico, «aprovechar la fuerza de las cataratas del Niágara, determinar la composición de una estrella y la naturaleza del átomo. Pronto habremos conquistado toda la naturaleza. . .»

El Maestro quedó impresionado, pero no dejó de permanecer pensativo.

Más tarde diría:

« ¿Para qué conquistar la naturaleza?

La naturaleza es nuestra amiga. ¿Por qué no emplear toda esa energía en vencer al único enemigo de la raza humana: el miedo?»

Cuando algunos de sus discípulos se deshicieron en elogios acerca de un famoso dirigente religioso, el Maestro no se inmutó.

Cuando, más tarde, le preguntaron su opinión sobre dicho individuo, dijo: «Ese hombre ejerce su poder sobre otros. . . No es un dirigente religioso».

« ¿Cuál es, entonces, la función de un dirigente religioso?»

«Inspirar, no legislar», dijo el Maestro. «Despertar, no forzar».

Los discípulos quedaron desconcertados cuando oyeron al Maestro decir que el mal, visto desde una perspectiva más elevada, es bueno; que el pecado es una puerta de acceso a la gracia.

Entonces les habló de la historia de Cartago, una especie de espina clavada en la carne de la antigua Roma. Cuando Roma, finalmente, arrasó Cartago, se relajó, se debilitó e inició su decadencia.

«Si desapareciera todo mal», concluyó el Maestro, «el espíritu humano acabaría pudriéndose».

« ¿Qué penitencia debo hacer, dada la enormidad de mis delitos?»

«Comprender la ignorancia que los ha causado», dijo el Maestro.

Y luego añadiría: «Así comprenderás y perdonarás tanto a los demás como a ti mismo, y dejarás de pedir esa venganza a la que te refieres cuando hablas de castigo o de penitencia».

El Maestro afirmaba que una de las principales causas de infelicidad que hay en el mundo es el secreto placer que las personas encuentran en sentirse miserables.

Y refirió el caso de un amigo suyo que le dijo a su mujer: « ¿Por qué no sales y te diviertes, querida?»

Y ella le respondió, irritada:
« ¡Sabes perfectamente, querido, que nunca disfruto divirtiéndome!»

Un ejecutivo preguntó al Maestro cuál creía él que era el secreto de una vida dichosa y afortunada.

«Hacer feliz cada día a una persona», le respondió el Maestro.

Y, tras unos breves instantes, dijo: «Aunque esa persona seas tú mismo».

Hizo otra breve pausa y añadió: «Sobre todo si esa persona eres tú mismo».

Cuando el Gobernador hizo una visita al monasterio, el Maestro aprovechó la ocasión para protestar contra la censura que había impuesto a la prensa.

«No tiene usted idea del peligro en que se ha convertido la prensa últimamente», dijo el Gobernador.

«Sólo la palabra silenciada es peligrosa», le replicó el Maestro.

En cierta ocasión, pronunciando una conferencia, el Maestro citó a un poeta antiguo.

Al final, una joven se levantó para decir que habría preferido que el conferenciante hubiera citado las Escrituras.

«Ese autor pagano a quien usted ha citado, ¿conocía realmente a Dios?», preguntó.

««Mire, joven», dijo el Maestro en tono severo, «si cree usted que Dios es el autor del libro que usted llama las 'Escrituras', debo hacerle saber que también es el autor de una obra muy anterior llamada 'Creación '».

Alguien preguntó al Maestro por qué se mostraba tan receloso respecto de la religión. ¿Acaso no era la religión lo mejor que tenía la humanidad?

La respuesta del Maestro fue un tanto enigmática: «Lo mejor y lo peor: he ahí lo que se obtiene de la religión».

« ¿Por qué lo peor?»

«Porque la mayoría de las personas saben la suficiente religión como para odiar, pero no la suficiente como para amar».

«Lo importante en la espiritualidad no es el esfuerzo», dijo el Maestro, «sino el abandono».

«Cuando caes al agua y no sabes nadar, te asustas y te dices a ti mismo: 'No debo hundirme, no debo hundirme', y te pones a mover como un loco brazos y piernas. . . y, en tu angustia, tragas agua y acabas ahogándote. Mientras que, si te liberaras de tus pensamientos y dejaras de hacer esfuerzos y te dejaras ir hasta el fondo, tu cuerpo regresaría a la superficie por sí solo. . . ¡Eso es la espiritualidad!»

«La sinceridad no es suficiente», solía decir el Maestro; «lo que hace falta es honradez».

« ¿Y cuál es la diferencia ?», le preguntaron.

«La honradez consiste en estar constantemente abierto a la realidad», dijo el Maestro, «mientras que la sinceridad no es otra cosa que creerse la propia propaganda».

Dijo un día el Maestro: «No estaréis preparados para 'combatir' el mal mientras no seáis capaces de ver el bien que produce».

Aquello supuso para los discípulos una enorme confusión que el Maestro no intentó siquiera disipar.

Al día siguiente les enseñó una oración que había aparecido garabateada en un trozo de papel de estraza hallado en el campo de concentración de Ravensburg:

«Acuérdate, Señor, no sólo de los hombres y mujeres de buena voluntad, sino también de los de mala voluntad. No recuerdes tan sólo todo el sufrimiento que nos han causado; recuerda también los frutos que hemos dado gracias a ese sufrimiento: la camaradería, la lealtad, la humildad, el valor, la generosidad y la grandeza de ánimo que todo ello ha conseguido inspirar. Y cuando los llames a ellos a juicio, haz que todos esos frutos que hemos dado sirvan para su recompensa y su perdón».

Un día, un discípulo le preguntó al Maestro a quemarropa: « ¿Has alcanzado tú la santidad?»

« ¿Cómo puedo saberlo?», respondió el Maestro.

« ¿Y quién va a saberlo, sino tú?»

«Pregúntale a una persona normal si es normal», dijo el Maestro, «y te asegurará que lo es. Pregunta a un loco si es normal. . . ¡Y también te asegurará que lo es!»

Y esbozó una maliciosa sonrisa.

Más tarde diría: «Si te das cuenta de que estás loco, no lo estarás tanto, ¿no crees? Si sospechas que eres santo, no lo serás tanto, ¿no te parece? El santo nunca es consciente de que lo es».

Un recién llegado, que no se sentía muy satisfecho con lo anterior, le dijo a uno de los discípulos: «yo necesito realmente saber si el Maestro es santo o no lo es».

« ¿Y eso qué importa ?», le preguntó el discípulo.

«Importa mucho. ¿Por qué he de seguirle si él no ha alcanzado la santidad?»

« ¿Y por qué has de seguirle si la ha alcanzado? Según dice el Maestro, el día en que sigues a alguien dejas de seguir a la Verdad».

Y añadió: «Los pecadores dicen muchas veces la verdad, y los santos han hecho equivocarse a muchas personas. Fíjate en lo que se dice, no en quién lo dice».

Alguien le hizo una pregunta acerca de la Providencia de Dios, y el Maestro contó la historia de dos judíos que estaban pasando una época de «vacas flacas».

«Yo sé que Dios proveerá», dijo uno de ellos con mucha convicción.

«Yo sólo le pido que provea *mientras tanto*», dijo el otro.

Una de las consecuencias más perniciosas de la religión, según el Maestro, era que había dividido a la humanidad en sectas.

y le gustaba contar el caso de aquel niño que le preguntó a una amiguita: «¿Tú eres presbiteriana?»

« ¡No!», respondió ella en tono arrogante, «nosotros pertenecemos a otra abominación! ».

Cuando le preguntaron por qué era tan difícil ver, el Maestro dijo:

Cuando Sam regresó de Europa, su socio y co-propietario de la empresa, dedicada a la fabricación de ropa interior masculina, le preguntó con impaciencia: «¿Pudiste visitar Roma, Sam?»

« ¡Por supuesto que sí!»

« ¿Y viste al Papa?»

« ¿Verle. . .? La verdad es que me concedió una audiencia privada».

« ¡No me digas!», exclamó el otro sin poder dar crédito a sus oídos.

« ¿Y cómo es?»

«Bueno, yo diría que su talla es una treinta y seis», dijo Sam.

Cuando un grupo de peregrinos se quejó de que el Maestro había herido sus sentimientos religiosos, él explicó sonriendo que lo que realmente había querido herir era su *ego*.

Y les contó el caso de un obispo que, tras declarar a la Virgen de la Cueva Patrona de la Diócesis, se encontró con que todos los devotos de la Virgen del Templo, que habían reivindicado para ésta dicho honor, sin conseguirlo, organizaron una manifestación de protesta y declararon un día entero de ayuno para desagraviar a la Virgen del Templo.

« ¿Habría sido la Virgen de la Cueva la que había herido sus supuestos sentimientos religiosos? », preguntó el Maestro.

Un filósofo que no lograba comprender a qué se refería el Maestro cuando hablaba de «conciencia», le pidió que intentara definirla.

«No se puede definir», dijo el Maestro.

« ¿Es lo mismo que pensamiento?»

«No tiene nada que ver con conceptos ni reflexiones», dijo el Maestro, «sino con esa clase de pensamiento que ejercitas en momentos de gran peligro, cuando tu cerebro se detiene en seco,. . .o en momentos de gran inspiración».

« ¿Y en qué consiste esa forma de pensar?»

«En pensar con todo tu ser: cuerpo y mente», dijo el Maestro.

Dijo el Maestro:

«Hay quienes piensan que los problemas se resuelven a base de esfuerzo. Y lo único que consiguen quienes piensan de este modo es mantenerse ocupados a sí mismos y a otras personas.

Los problemas sólo se resuelven a base de conocimiento. De hecho, donde hay conocimiento no surgen problemas».

El predicador se encontraba de gira por el extranjero.

« ¿Crees tú que el viajar le servirá para ensanchar su mente?», le preguntaron los discípulos al Maestro.

«No», respondió éste. «Tan sólo le servirá para propagar por más sitios su estrechez de miras».

El Maestro se burlaba de quienes se erigían en guías espirituales de otras personas, a pesar de estar ellos mismos perplejos y llenos de confusión.

Y le gustaba contar el caso de aquel autor que escribió una *Guía para peatones* y resultó atropellado el mismo día en que salió el libro.

Llegó un dictador al poder, y el Maestro fue arrestado cuando, desafiando las normas de la censura, repartía octavillas en la calle.

Una vez en la comisaría, se comprobó que lo más subversivo que había en su mochila era un montón de hojas de papel en blanco.

« ¿Qué significa esto?», preguntó el agente de policía.

El Maestro sonrió y dijo: «La gente sabe lo que significa».

La anécdota se hizo tan célebre en todo el país que, años más tarde, no les hizo ninguna gracia a los sacerdotes ver al Maestro en los templos repartiendo hojas de papel en blanco.

El Maestro abogaba inequívocamente por la contemplación no conceptual, no discursiva, como medio de conocer la Realidad.

«¿Cómo se puede *conocer* la realidad sin *conocimiento*?», preguntó un discípulo.

«Del mismo modo que se conoce la música», respondió el Maestro.

Un millonario llegó al monasterio con la intención de «enseñarle a ese viejo loco algo de los placeres del mundo, para que no desperdicie su vida con las privaciones de un monasterio».

Los discípulos, sabedores del deleite que hallaba el Maestro en las cosas buenas de la vida, se rieron con ganas al oírlo. «Enseñar a ese viejo loco a disfrutar de la vida», dijo uno de ellos, «es como bañar a un pez».

« ¿Es posible ver lo divino?»

«Lo estáis viendo ahora mismo».

« ¿Y por qué no lo reconocemos?»

«Porque lo único que hacéis es deformarlo con el pensamiento».

Al ver que no comprendían, el Maestro dijo:

«Cuando sopla el viento frío, el agua se convierte en unos bloques sólidos que llamamos 'hielo'. Cuando el pensamiento interviene, la realidad se fragmenta en una multitud de piezas sólidas que llamamos 'cosas' ».

Le preguntaron un día al Maestro:
« ¿Cómo se puede encontrar a Dios en la acción ?»

Y el Maestro respondió: «Amando la acción incondicionalmente, con independencia del fruto que pueda producir».

Al ver que esto resultaba un tanto oscuro para los discípulos, les contó el caso de aquel hombre que compró un cuadro por un millón de dólares e hizo enmarcar la factura.

«Lo que él realmente amaba no era el arte», dijo el Maestro, «sino el prestigio».

«Háblanos acerca del sexo».

«El sexo», dijo el Maestro, «es divino para los que lo conocen».

« ¿Los que lo conocen. . .?»

«La rana se sienta junto a las flores», dijo el Maestro, «sin sospechar la clase de néctar que en ellas encuentra la abeja».

« ¿Cuál es el principal obstáculo para la Verdad?»

«La resistencia a afrontar los hechos», dijo el Maestro.

y para ilustrarlo contó el caso de aquella gordísima mujer que, tras descender de la báscula, dijo: «Según la tabla, yo tendría que medir quince centímetros más».

Más tarde contaría el caso de otra mujer que, después de muchos intentos, al fin consiguió hacer algo en relación a su peso: decidió no volver a subirse a una báscula».

Para todos los que creían firmemente en algo -con independencia de que sus creencias fueran religiosas, políticas o económicas-, el Maestro tenía este único mensaje:

«Lo que necesitáis no es seguridad, sino la osadía del jugador; no un fundamento sólido en el que apoyaros, sino la destreza del nadador».

En una noche clara y estrellada, el Maestro obsequió a sus discípulos con sus conocimientos de astronomía:

«Aquella es la galaxia espiral de Andrómeda», dijo. «Es tan grande como nuestra Vía Láctea, y su luz, a una velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo, tarda medio millón de años en llegar a nosotros. Está formada por cien mil millones de soles, muchos de ellos más grandes que el nuestro».

Luego, tras una breve pausa, dijo con una sonrisa: «y ahora que ya nos hemos puesto en nuestro lugar, vámonos a dormir».

«Ando buscando la paz que proporciona el morir a uno mismo».

« ¿Quién es el que busca esa paz?», dijo el Maestro.

«Yo».

« ¿Y cómo va tu 'Yo' a conseguir una paz que sólo ha de darse cuando tu 'Yo' haya muerto?»

Y más tarde contaría esta historia:

Cuando murió el viejo vendedor de botones y cintas, dejó, para sorpresa de todos, una enorme fortuna en pólizas de seguros.

Lo cual, sin embargo, no sirvió para consolar a su viuda, que se lamentaba: «Mi pobre esposo. . . Toda su vida trabajando incansablemente en la más absoluta pobreza, y ahora que Dios nos envía esta fortuna, ¡él no está aquí para disfrutarla!»

El Maestro citó en una ocasión las célebres palabras del *Bhagavad Gita* en las que el Señor insta al devoto a meterse de lleno en lo más reñido de la batalla manteniendo, a la vez, el corazón pacificado a los pies del Señor.

« ¿Cómo puedo yo lograr semejante cosa?», preguntó un discípulo.

«Decidiendo contentarte con los resultados, sean cuales sean, que tus esfuerzos puedan producir».

Para explicar cómo lo que busca la mayoría de la gente no es el gozo de la conciencia y la actividad, sino el consuelo del amor y la aprobación, el Maestro refirió una anécdota de los tiempos en los que cada noche, antes de dormirse, su hija más pequeña le pedía que le leyera un cuento de los muchos que contenía un libro que le habían regalado.

Un día se le ocurrió la idea de grabar los cuentos en una cinta magnetofónica. La niña no tardó en aprender a manejar el magnetófono, y todo resultó estupendamente durante unos cuantos días, hasta que una noche la niña puso el libro en manos de su padre y le pidió que le leyera un cuento.

«Pero, tesoro», dijo el Maestro, «ahora ya sabes cómo se maneja el magnetófono. . . »

«Sí», respondió ella, «pero no puedo sentarme en sus rodillas».

Cuando un visitante anunció que se marchaba, porque ya no podía soportar una sola palabra más del Maestro, un viejo discípulo se mostró comprensivo con él:

«Sé cómo debes de sentirte», le dijo. «Durante años, yo traté de evitar a ese hombre, porque sus palabras eran como jaulas que transportaran a enloquecidas bestias salvajes de la jungla a mi pequeño y cuidado jardín. Habría preferido, con mucho, escuchar a predicadores cuyas palabras transportaran blancos y limpios huesos de un cementerio a otro».

El Maestro reprendió a un discípulo que no hacía más que meterse en problemas, por su compulsivo afán de decir la verdad.

« ¿Acaso no debemos decir siempre la verdad?», protestó el discípulo.

« ¡Claro que no! A veces es mejor ocultarla».

Instado a poner un ejemplo, el Maestro contó el caso de aquella suegra que fue a pasar una semana a casa de su hija. . . y se quedó un mes.

La joven pareja, finalmente, urdió un plan para librarse de la buena señora: «Esta noche, cuando yo sirva la sopa», dijo la mujer al marido, «nos ponemos a discutir: tú dices que está muy salada, y yo digo que está sosa; si mi madre te da la razón a ti, yo me pongo furiosa y la echo de casa; si me la da a mí, montas tú el número y la echas tú».

Se sirvió la sopa, se armó la marimorena, y la mujer le dijo a su madre: «¿A ti qué te parece, mamá: está la sopa sosa o salada?»

La señora hundió su cuchara en la sopa, se la llevó a los labios, la probó cuidadosamente, hizo una pausa y dijo: «A mí me gusta».

Cuando un discípulo manifestó su intención de hacerse predicador, el Maestro no quiso ni oír hablar de ello. Se limitó a decirle:
«Espera. Aún no estás preparado».

Pasó un año; luego dos años, cinco, diez. . . , y el Maestro seguía en la misma actitud.

Un día, finalmente, el discípulo le dijo: «¿ No podría hacer algún pequeño bien, aunque todavía no esté preparado?»

Y el Maestro le respondió: « ¿Qué eficacia tendría un cazador que se empeñara en disparar antes de cargar el arma?»

Para explicar por qué el santo no es consciente de su santidad, el Maestro refirió el caso de un amigo alcohólico que había jurado no volver a probar la bebida.

Un día sintió la punzada de la sed, entró en un bar y pidió un refresco.

Y, mientras se lo preparaba el camarero, susurró al oído de éste: « ¿No podría añadir un poco de whisky sin que yo lo vea?»

El activista social ardía en deseos de cambiar las estructuras de la sociedad.

«Me parece estupendo», dijo el Maestro, «pero lo que necesitamos no es sólo la *acción* que propicie el cambio, sino la *visión* que permita hacerlo con amor».

«Así pues, según tú, el cambiar las estructuras es una pérdida de tiempo. . . »

« ¡De ninguna manera! El cambio de las estructuras puede proteger el amor; lo que no puede hacer es generarla», dijo el Maestro.

«Lo malo de ti», dijo el Maestro al predicador, «es que todo lo que dices es absolutamente cierto... y vacío. Los tuyos buscan la Realidad, y lo único que tú les ofreces son palabras».

Cuando el predicador quiso saber qué quería decir el Maestro, éste le dijo: «Eres como aquel hombre que recibió una carta de una compañía financiera en la que se le decía: '¿Tendría usted la amabilidad de enviarnos la suma total de lo que nos debe?'

Y su respuesta fue inmediata y clarísima: 'La suma total de lo que les debo es de mil quinientos dólares'».

El Maestro escribió al Gobernador una durísima carta para protestar por la brutalidad con que había sido reprimida una manifestación en contra del racismo.

El Gobernador le respondió afirmando que no había hecho más que cumplir con su deber.

Y éste fue el comentario que hizo el Maestro: «Siempre que un estúpido hace algo de lo que debería avergonzarse, afirma que ha cumplido con su deber».

El Maestro contó que una mujer casada le dijo a otra: «El otro día conocí a tu marido, y te juro que me pareció un hombre de lo más brillante. Me dio la sensación de que está enterado de todo».

«No seas tonta», le replicó la otra. « ¡No sospecha nada de nada! »

«Así», dijo el Maestro, «suele ser el erudito: alguien que sabe cuánto hay que saber acerca de la realidad y que ni siquiera sospecha la existencia de ésta».

« ¿Por qué viaja usted tan poco?», le preguntó al Maestro un periodista.

«Contemplar a una persona o cosa cada día del año y descubrir siempre algo nuevo en ella. . . es una aventura mucho más apasionante que la que puede ofrecer cualquier viaje», dijo el Maestro.

Cuando el Maestro oyó a un discípulo hablar en términos despectivos de la codicia y la violencia de «la gente del mundo de ahí fuera», le dijo:

«Me recuerdas a aquel lobo que estaba pasando por una época pacífica y virtuosa y que, al ver a un gato persiguiendo a un ratón, se volvió hacia otro lobo y le dijo lleno de indignación: '¿No va siendo hora de que alguien haga algo para acabar con tanto gamberismo?'»

« ¿Cuál es el principal obstáculo para alcanzar la Iluminación?»

«La ignorancia».

« ¿Y hay un solo tipo de ignorancia o hay muchos?»

«Muchos», dijo el Maestro. «El tuyo, sin ir más lejos, te exige buscar la Iluminación».

El Maestro refirió en cierta ocasión el caso de una mujer que acudió por tercera vez a su dentista para que le redujera la dentadura, porque, según ella, «no le cabía».

«Si hago lo que usted me pide», le dijo el dentista, «mucho me temo que la dentadura no va a encajar en su boca como es debido. . . »

« ¿Quién ha hablado de mi boca ?», exclamó irritada la mujer. « ¡Donde no me cabe la dentadura es en el vaso!»

Y el Maestro concluyó: «Vuestras creencias pueden ajustarse a vuestra mentalidad, pero ¿encajan realmente con los hechos?»

En sus años mozos, el Maestro se había marchado de casa en busca de la sabiduría.

Y las palabras que dijo al partir fueron las siguientes: «El día en que la encuentre, os lo haré saber».

Muchos años más tarde, esta promesa parecía carecer ya de toda importancia. Se dio cuenta de ello cuando supo que, sin saberlo él en absoluto, la había encontrado.

Hablando de los dirigentes religiosos que trataban de impresionar a los demás con su conducta exterior y con su atuendo, el Maestro contó a sus discípulos la siguiente historia:

Un hombre llegó a su casa completamente borracho y, para que su mujer no se diera cuenta, se le ocurrió la estratagema de sentarse en el estudio y ponerse a leer un libro: ¿a quién se le ocurriría pensar que estaba borracha una persona que leía un libro'?

Cuando su mujer entró en el estudio y le preguntó qué estaba haciendo en aquel rincón, él respondió alegremente: «Estoy leyendo, querida».

« ¡Lo que estás es borracho! », le gritó su mujer. « ¡Cierra esa maleta y baja a cenar! ».

Cuando el Maestro hizo una observación sobre la irracionalidad de las creencias de un visitante, éste le replicó en tono desafiante: «Si creo, es porque es irracional».

« ¿No deberías decir mejor: 'Si creo, es porque soy irracional' ?», dijo el Maestro.

« ¿Cómo se obtiene la felicidad?»

«Aprendiendo a contentarse con lo que se tiene».

«Entonces, ¿no se puede desear nada?»

«Claro que se puede», dijo el Maestro, «con tal de tener la actitud de aquel padre al que conocí en la sala de espera de una clínica de maternidad y que, cuando llegó la enfermera y le dijo:

«Ya sé que esperaba usted un niño, pero siento decirle que ha sido niña», replicó:

«Bueno, la verdad es que no me importa demasiado, porque ya suponía yo que, si no era niño, iba a ser niña».

En cierta ocasión, el Maestro oyó casualmente cómo un discípulo le decía a un visitante: «Tengo a honra el hecho de haber sido personalmente admitido como discípulo por el Maestro, mientras que se cuentan por centenares los que han sido rechazados».

Cuando tuvo ocasión, el Maestro le dijo en un aparte: «Vamos a dejar una cosa muy clara desde el principio: si tú fuiste escogido, y otros no, fue únicamente porque tú estabas más necesitado que ellos».

A propósito de la educación moral de los niños, el Maestro dijo en cierta ocasión:

«Cuando yo era un adolescente, mi padre me previno contra determinados lugares de la ciudad.

Recuerdo que me dijo: «No vayas nunca a un 'night-club', hijo mío».

« ¿Por qué?», le pregunté yo.

«Porque verías cosas que no debes ver»

«Aquellos, lógicamente, despertó mi curiosidad. Por eso, en cuanto se me presentó la primera ocasión, entré en un 'night-club'».

« ¿Y viste algo que no deberías haber visto?», le preguntaron los discípulos.

«Ciertamente que sí», dijo el Maestro. «Vi a mi padre».

«El Maestro que tuve anteriormente me enseñó a aceptar el nacimiento y la muerte».

«Entonces, ¿para qué has acudido a mí?», preguntó el Maestro.

«Para aprender a aceptar lo que hay en medio».

Una discípula estaba convencida de que era una persona egoísta, mundana y poco espiritual. Sin embargo, después de una semana en el monasterio, el Maestro la declaró espiritualmente sana y capaz.

«Pero ¿no habría *algo* que pudiera hacer para ser tan espiritual como los demás discípulos?»

A lo cual replicó el Maestro:

Un hombre compró un automóvil y, al cabo de seis meses, tras una cuidadosa serie de cálculos, llegó a la conclusión de que no estaba sacándole el fenomenal rendimiento que le había prometido el vendedor. Acudió entonces a un mecánico, el cual, tras revisar el auto, le aseguró que estaba en perfectas condiciones.

«Pero ¿no habría *algo* que pudiera hacer para mejorar su rendimiento?», le preguntó el hombre.

«Bueno, sí», dijo el mecánico. «Puede usted hacer lo que hacen casi todos los propietarios de un automóvil».

«¿Y qué es?»

«Mentir acerca de su rendimiento».

Cuando le preguntaron qué hacía él con sus discípulos, el Maestro dijo:
«Lo mismo que hace un escultor con la estatua de un tigre: toma un bloque de mármol y le quita a golpes todo lo que no se parece a un tigre».

Cuando, más tarde, sus discípulos le preguntaron qué había querido decir exactamente, el Maestro dijo: «Mi tarea consiste en golpear una y otra vez en todo aquello que no es cada uno de vosotros: cualquier pensamiento, emoción, actitud o pulsión que se os haya adherido de vuestra cultura y de vuestro pasado».

Una de las reservas que el Maestro tenía en relación a los dirigentes religiosos era que fomentaban en sus fieles una credulidad tan ciega que incluso, cuando alguno de éstos se atrevía a plantear una duda, siempre lo hacía dentro de los estrechos límites de su creencia.

Y contó el caso de un predicador que buscaba honradamente el que los suyos cuestionaran lo que él decía, para lo cual recurrió una vez a la siguiente estratagema: les contó la historia de un mártir que, tras ser decapitado, caminó con su cabeza en las manos hasta llegar a un anchuroso río. Una vez allí, como necesitaba ambas manos para nadar, agarró la cabeza con sus dientes y nadó hasta la otra orilla.

Se produjo un momento de absoluto silencio, y entonces, para satisfacción del predicador, alguien se levantó y dijo: « ¡No pudo hacer tal cosa! »

« ¿Por qué no? », preguntó expectante el predicador.

«Porque, si hubiera sujetado la cabeza con los dientes, no habría podido respirar».

«La felicidad es una mariposa», dijo el Maestro. «Si la persigues, se escapa. Si te sientas y esperas tranquilamente, se posa en tu hombro».

«Entonces, ¿qué debo hacer para alcanzar la felicidad?»

«Dejar de perseguirla».

« ¿Y no puedo hacer nada más?»

«Sí. Puedes tratar de sentarte y esperar tranquilamente. . . ¡si te atreves!».

Al igual que hiciera Jesús muchos siglos antes que él, el Maestro prevenía a la gente contra la religión, porque, si no se anda con cuidado, tiene el peligro de santificar la observancia ciega de la ley. Y él lo ilustraba del siguiente modo:

Un oficial del ejército preguntó a unos reclutas por qué se empleaba la madera de nogal para fabricar las culatas de los rifles.

«Porque tiene mayor resistencia», dijo uno.

« ¡Falso! »

«Porque tiene mayor elasticidad», dijo otro.

« ¡Falso! »

«Porque tiene más brillo que otras maderas. . .», aventuró un tercero.

« ¡No seáis estúpidos! », dijo el oficial. « ¡Se emplea madera de nogal, porque así está estipulado en las Ordenanzas! »

« ¿Crees tú en la existencia de Dios '?», preguntó el creyente fanático.

«Responderé a tu pregunta», dijo el Maestro, «si respondes tú a la mía: ¿es tu silla la primera de la izquierda?»

« ¿La izquierda de qué?»

« ¿La existencia de qué?», dijo el Maestro.

Para mostrar a sus discípulos lo absurdo de una autoridad religiosa cuya fuente no sea la valía y la competencia personales, el Maestro contó el caso de un individuo que acudió a una agencia matrimonial.

« ¿Es aquí donde hacen bodas?», preguntó.

«Sí, aquí es».

El tipo tomó entonces una fotografía de una hermosa joven de veinticinco años y dijo: «Me quedo con ésta».

«Lo siento, señor, pero no puede ser.

Tiene usted que llevarse a esta otra dama», le dijo el director de la agencia, a la vez que le mostraba la fotografía de una mujer de cincuenta años.

« ¿Y por qué he de quedarme con ésa ?»

«Por razones de antigüedad», dijo el director.

« ¿Cuánto dura el presente: un minuto, un segundo...?»

«Mucho menos y mucho más», dijo el Maestro. «Menos, porque, en el momento en que tratas de captarlo, ya se ha ido».

«Y más, porque, si consigues entrar en él, toparás con la ilimitación del tiempo y sabrás lo que es la Eternidad».

Dijo el Maestro:

«Cuando estabas en el seno materno, estabas en silencio. Luego naciste y empezaste a hablar, hablar y hablar. . . hasta el día en que te lleven a la tumba. Entonces volverás a estar en silencio.

Trata de capturar ese silencio que conociste en el seno materno, que volverás a conocer en la tumba y que incluso ahora subyace a este ruidoso intervalo que llamamos 'vida', porque ese silencio es tu más profunda esencia».

« ¿Qué tiene de original este hombre?», preguntó un visitante. «Lo único que ofrece es un picadillo de historias, dichos y proverbios de otros Maestros».

Una discípula sonrió y contó cómo, en otros tiempos, ella había tenido una cocinera que preparaba el más exquisito picadillo del mundo. Un día quiso ella saber como lo hacía.

« ¿Cómo demonios lo haces, querida? Tienes que darme la receta. . .»

La cocinera, cuyo rostro se iluminó de satisfacción, dijo: «Bueno, señora, le contaré un secreto: la carne, la pimienta y la cebolla no tienen nada de especial; el picadillo sólo me sale bien cuando me meto *a mí misma* en él».